

SECCION DOCTRINAL

SEGUNDO DISCURSO

SOBRE

LOS OBREROS EN EL SIGLO XIX

pronunciado en la capilla del Oratorio, en Paris, el lunes 16 de Marzo de 1868, por Monseñor Mermillod, Obispo de Hebron y auxiliar de Ginebra, en favor de la Sociedad para el mejoramiento é impulso de las publicaciones populares.

Hay en la vida de las naciones momentos solemnes y decisivos en que la santa Iglesia de Dios no puede desentenderse de las cuestiones que se plantean por de fuera, en que tiene necesidad de recordar á las almas la enseñanza que parece que han olvidado, y dirigir las en medio de las agitaciones y tinieblas, porque aquellas jamás deben perder de vista el destino sublime á que son llamadas. Semejante á una madre cariñosa y solícita, la Esposa de Cristo elige para elevar su voz estas terribles épocas en que mira á sus hijos en peligro de extraviarse y de perderse, cual acontece en nuestros dias. Si; la Iglesia alcanza la crisis más decisiva, formidable, y tal vez más fecunda, que alcanzó nunca; y para enseñar á conjurar amenazas y recoger frutos, la palabra evangélica, la palabra pastoral, debe hacer resonar nuevos acentos, sin los cuales no será escuchada ni poderosa.

No pretendo pronunciar un discurso, y ménos un sermón, pero, siquiera sea en una simple conferencia, intentaremos inquirir cuáles son los medios que la Iglesia puede emplear en tales agitaciones y tempestades, y de qué modo ha de combatir estos nuevos peligros. Cuando el mundo atraviesa una tan gran

borrasca, ella debe ser la primera en lanzar el grito de alarma, ella debe ser la primera en prever, excitar é inspirar, dando consejos que avisen y socorros que salven. Muy grato me es hablaros en su nombre acerca de tan grandes cuestiones en este santo recinto, en esta capilla del Oratorio, en esta cátedra sagrada, en la que sucesivamente se hicieron oír, por derecho de nacimiento ó de hospitalidad, voces tan austeras y luminosas, y responder al llamamiento de una grande obra, cual es la Sociedad para el mejoramiento de las publicaciones populares, cuyo bello destino os señalé y cuyo feliz resultado os anuncié, cuatro años hace, en un salon cristiano.

Permitidme, al recomendaros esta obra, que agrandando el horizonte y ensanchando la carrera que me propongo recorrer con vosotros, trate en una plática de familia estas cuestiones.— ¿Cuál es la verdadera situacion de las clases populares? — ¿Puede dicha situacion mejorarse? — ¿De qué modo debemos trabajar en favor de este mejoramiento?

Todos necesitamos de Jesucristo, puesto que vino para todos; pero no podrá negarse que los pequeños, que los trabajadores, son los verdaderos prohijados del Crucificado, y que este deseo de progreso, que fermenta en los clubs, acompañado á veces de errores y crímenes, no es otra cosa en definitiva que el resultado de diez y nueve siglos de propaganda cristiana, consistiendo por tanto la mision de la Iglesia en prevenir estos errores y crímenes, mas al mismo tiempo en favorecer y santificar estas aspiraciones.

Antes del Evangelio el mundo estaba dividido en dos partes, hombres libres y esclavos, los primeros gozando de todos los privilegios de la grandeza y de la fortuna, los segundos sucumbiendo bajo el peso de todas las desgracias. En los momentos en que Ciceron hacia resonar su brillante palabra y en que la fastuosa protesta de Terencio en favor de la humanidad era aplaudida por una multitud, olvidada de sus derechos, apenas habia en Roma 20.000 ciudadanos, permaneciendo el resto de la poblacion en servidumbre. Vino Cristo, y colocando á la humanidad sobre su corazon y tomando en sus manos la herramienta del trabajo como signo de honra, dijo á los ciudadanos de Roma: «Yo soy Dios; los pobres, los pequeños, los humildes, recibirán mi doc-

trina, y serán iguales ante mi ley y mis recompensas. Y sin movimientos revolucionarios, sin acudir á la fuerza bruta, por consecuencia natural de su gracia, por sus sacramentos, por su caridad, realizó una cosa más milagrosa que devolver la vista á los ciegos, el oído á los sordos y resucitar á los muertos, restituyendo la vida de la inteligencia y del alma á los esclavos, haciendo de uná máquina un hombre libre, de un rebaño una nacion, y de dos clases enemigas, separadas por la enorme distancia que se extiende entre opresores y oprimidos, la gran familia de la humanidad. Ved ahí la accion del cristianismo, á cuya sombra el pueblo se ha acrecido y desarrollado, convirtiéndose en aquel pueblo cristiano de la Edad Media, tan poderoso en sus municipios, tan protegido por sus asociaciones y tan piadoso y caritativo en sus cofradías. Las jerarquías eran respetadas en aquella propiamente llamada república cristiana, inalterable ante semejantes elevaciones populares, las cuales, léjos de arrastrar en pos de sí amenazas ni ruinas, concurrían armónicamente con todas sus fuerzas á acrecentar el poderío y esplendor de la sociedad, siendo aún magnífico testimonio de ello las catedrales levantadas por manos de obreros cristianos, por asociaciones cristianas, obras maestras que hoy admiramos sin que toda nuestra ciencia y todos nuestros medios de accion sean capaces de levantar otras iguales.

No nos cansaremos de repetir que ántes del cristianismo no habia para el pueblo dignidad, libertad, ni derecho, tesoros con que vino á enriquecerle Jesucristo.

Le dió dignidad, eligiéndolo en las riberas de un lago, de entre pescadores, á aquellos que destinaba para predicar su doctrina y gobernar el mundo, y ante los cuales habian de inclinarse los Césares; no queriendo que su Vicario fuese solamente rey, sino también pobre; convirtiéndose El mismo en el más pobre de los obreros; trabajando con sus manos desde la infancia; derramando en la humilde casa de un carpintero el penoso sudor de su frente; heredando á la vez el cetro real de David, su antepasado, y el cepillo de José; y no sólo elevando con su ejemplo á los pequeños y humildes, sino ofreciéndoles en su Iglesia defensores y abogados, defensa y proteccion que nos confió á nosotros sus ministros. Tal es la mision que debo cumplir aquí con resolucion

y franqueza, escuchando vosotros con los sentimientos propios de un auditorio cristiano la palabra de un obispo, que no predica dos evangelios. San Francisco de Sales, mi predecesor y maestro, fué un día acometido, al bajar del púlpito, por una piadosa criada, convertida más tarde por él en una de las primeras compañeras de Santa Chantal:— «Padre, le dijo, observo que predicáis siempre para los ricos, y me parece que debiérais predicar también para los pobres, porque creo que hace falta enseñarles á aceptar con reconocimiento la limosna que se les dé, sea del modo que sea.» — «Ciertamente, respondió el Santo, pero es que los ricos necesitan más de la limosna de la verdad que los pobres de la de la caridad.»

Jesucristo ha dado al pueblo derechos y libertad. Santificando su matrimonio le ha restituido el hogar de la familia, el sagrado derecho de padre y la dulce autoridad de madre, que la esclavitud no reconocía. *La libertad es palabra cristiana*; y prueba de que la Iglesia la ha defendido siempre es que vemos esta libertad obligar hasta á los príncipes á inclinarse ante los pastores de la Esposa de Cristo, hablando en nombre de la caridad y la justicia. ¿No nos presenta la historia á San Ambrosio, con su cayado pastoral en la mano, impidiendo la entrada en su basílica á un emperador romano, porque su corona estaba manchada con la sangre de su pueblo?

Si esta libertad marcha hoy de prisa, pero con paso incierto, es porque quiere avanzar sola, pretendiendo emanciparse.

Hubo en otro tiempo en el orden político y social libertades que pudieran llamarse *feudales* y que conservaron cierto carácter privilegiado. Devoradas en el gran movimiento revolucionario, cedieron su puesto á lo que me permitiréis denominar libertades *de la clase media*, libertades de hablar y de escribir, verdaderamente aristocráticas, porque parece que hoy no quieren reconocerse otros privilegios que los de la palabra y de la pluma.

Acaba de sonar la hora de las libertades *populares*. El pueblo quiere conquistar en el orden social el lugar que el sufragio universal le ha concedido en el político. Para satisfacer esta ambición preséntansele ante él muchos caminos; de un lado la violencia, las utopías, las revoluciones; del otro el trabajo, la instrucción, la asociación, la economía. ¿Quién le enseñará á esco-

ger? ¿Quién le tenderá la mano para que no se extravíe? En tan crítica situación, ¿debe la Iglesia permanecer en la inacción, mostrándose indiferente y morosa? Hasta el presente no ha sido ese su destino. ¿No la vemos, en la aurora de la monarquía francesa, conducir á Clovis á la fe y á la civilización por mano de la reina Clotilde y de la pastora Genoveva? Al cabo de diez y nueve siglos, ¿no ha sancionado todas las instituciones favorables al mayor número? Lo único á que hoy tiende es á dar á todas las aspiraciones, á todos los adelantos legítimos, el bautismo cristiano, á iluminar al pueblo en su marcha, en sus esfuerzos y esperanzas, continuando de este modo la misión que le encomendó Jesucristo. Tales son su ambición y deber.

En vano sus enemigos se esfuerzan en suponerla tendencias contrarias, acusándola de ser enemiga del progreso.

El movimiento que presenciarnos tiene su fuerza en el mismo Evangelio. La fermentación que hierve en torno nuestro procede de la predicación evangélica. Sólo el cristianismo ha dado al pueblo grandezas, que éste al separarse de aquel no sabe apreciar, porque la impiedad le arrastra hácia un mal camino, reflejando ante sus ojos estas falsas libertades populares, que son la ruina de las almas y el castigo de las familias y de las naciones. A la Iglesia pertenece dar otro curso á este movimiento, inclinándole hácia la libertad, que rompe las cadenas de nuestras pasiones y de nuestros vicios y echa por tierra los obstáculos que nos impiden realizar el bien, hácia la verdadera igualdad, hácia el Calvario, hácia la ley promulgada en el Sinaí y en la montaña, hácia el advenimiento de la justicia, por la que todos clamamos en la bella oración del Padre Nuestro: «Venga á nos tu reino.»

Con justa razón inquiétase el mundo por tan popular movimiento, que los poderosos quieren detener y los hábiles explotar. Sólo la Iglesia puede dirigir este torrente, contenerle, encauzarle y hacerle fecundo.

Los poderosos, para contener al pueblo bajo su dependencia, pretenden rebajarle hasta el punto de convertirle en objeto de mofa, segun aquella máxima de Maquiavelo: «Para dominar al pueblo es preciso despreciarle.» De aquí los esfuerzos en distraerle y procurarle placeres, porque un pueblo que únicamente pide pan y fiestas, *panem et circenses*, está perdido, encadenado,

y con facilidad viene á ser juguete de la fuerza; porque un hombre entregado á la molición degenera en débil, está de pié y el menor soplo lo derriba, dejándose conducir entre flores para despertar entre cadenas.

Los hábiles, presentando al pueblo ciertos puntos de vista, le seducen con halagüeñas palabras y efectos de óptica, tomando nuestras ideas, pero quitándolas su sello cristiano, y convirtiendo la antorcha que ilumina en fuego que devora. Cuantas veces sigue el pueblo á los hábiles, vuelve á caer vencido, más degradado y desamparado que ántes, y cuando la ilusion pasa y ve que le han querido burlar, sirviéndose de él como de juguete, se indigna, se revuelve y se lanza á las revoluciones. Aseméjense estas ilusiones á las que experimentamos en un camino de hierro. Estais en un wagon, separado del tren; pasa un convoy á vuestro lado, y creéis que sois vosotros los que marcháis. Los hábiles colocan tambien al pueblo en un wagon, separado del convoy del progreso, y al ver pasar á la Iglesia, que no se detiene jamás, figurándose que avanzan cuando permanecen inmóviles, gritan: «Admiraos de cómo marchamos; seguidnos á nosotros, los que transformamos el mundo, miéntas la Iglesia, por el contrario, permanece estacionada.» — «El wagon de Bruto y el de César han visto pasar el convoy de la Iglesia,» repite cada uno. ¡Ah! Dicen que marchamos, cuando la verdad es que sólo la Esposa de Cristo marcha, porque tiene su fuego, su carbon y su agua: el fuego, que es su amor; el carbon, que es el obrero cristiano, y el agua, que es la limosna del rico. Apártate ¡oh pueblo! del wagon descarrilado é inmóvil; no te dejes extraviar por los placeres, ni engañar por las seducciones; sube en el convoy de la Iglesia, la única que puede conducirte á la verdadera patria; y llevando allí tu trabajo, está seguro de que no te han de faltar ninguna clase de atenciones, ni los cuidados de una madre, ni los socorros del poderoso.

¿De qué modo hemos de procurar el mejoramiento de las clases obreras?

Al descender el Salvador á la tierra trajo una idea fecunda, la de romper todo privilegio, siendo el lazo de union entre el cielo y la tierra y destruyendo toda barrera entre los hombres.

Encontró dos egoismos, el del que posee y el del que se encuentra privado de todo, y los confundió en un solo sentimiento de afecto fraternal, enseñándonos á amar á nuestros hermanos, é imponiéndonos á cada cual el deber de concurrir á nuestra mutua dicha.

Todos tenemos una mision especial, consistiendo la del orador en hacer conocer y amar la verdad, y la del artista en reproducir el ideal de lo verdadero en los resplandores de lo bello; pero á la vez todos tenemos una mision comun: la de ilustrar, comprender y amar al pueblo, á quien debemos luz, amor y solicitud.

Debemos llevar la luz al pueblo, porque se trata de engañarle con falsos resplandores y de extraviarle con palabras brillantes y sonoras. El pueblo, como ha dicho un filósofo cristiano, es de aquel que le habla. Si en las tabernas se le habla un lenguaje inmoral é impío, y en los clubs y sociedades secretas un lenguaje revolucionario, en la iglesia, cuando á ella acuda, es necesario instruirle en sus deberes, esperanzas é inmortales destinos. Quédenos á lo ménos la libertad de la palabra, para que podamos enseñar la verdad y alejar de él esta incredulidad, cuyos estragos deploramos de día en día, y á la cual, en sus tres manifestaciones, sabia, prudente y popular, hemos de combatir á todo trance.

La incredulidad sabia, que se tiene por ciencia, mirando el cristianismo como maravillosa leyenda, el dogma como símbolo poético y nuestras antiguas catedrales como ruinas, se desprende de la religion como de un obstáculo al desarrollo del espíritu humano. La incredulidad prudente soporta la religion, porque la considera buena para los niños, que tienen necesidad de obedecer, buena para el pueblo, porque es una cerradura de seguridad para las grandes arcas, buena para las mujeres, porque si es enojoso que frecuenten el confesonario, es un enojo que evita muchos otros. ¿Y qué hace el pueblo en presencia de todo esto? Deducir en el acto las consecuencias más brutales de tan falsas doctrinas. Comprendiendo que se le quiere imponer la religion para dominarle, la rechaza, no aceptando como verdad lo que los sabios proclaman como absurdo y los prudentes presentan como freno. No conociendo la incredulidad popular al sacerdote más que por los insultos de que es objeto, y no viendo en él sino un

obrero en el catequismo, que hace buenos negocios con los entierros y los matrimonios, no aspira á otra cosa que á destruir los templos y exterminar sus ministros. Si esta Iglesia, tan desconocida y despreciada, pudiera mostrársele en toda su resplandiente belleza, en toda su luz y con todas sus ternuras, el obrero vendría á ella, porque entre ambos sólo existe mala inteligencia. El la pediría sus bendiciones para su trabajo, y ella sería en el hogar del pobre la honra de su mujer, la aureola de sus hijos y la estrella de su cabaña. Iluminadle; levantad el velo que le oculta la verdad. La mentira es hija de la ignorancia, y sólo la incredulidad necesita aliarse con las tinieblas.

Es preciso comprender al pueblo. Tiene inclinacion á las alturas. Tiende á subir; se afana por instruirse en cuanto se enseña é imprime; lee su hoja diaria, creyendo, en la necesidad de saber algo, lo que aquella le dice; frecuenta las escuelas y acude á las bibliotecas. Aunque este afan de aprender y saber tenga sus peligros, nadie puede extinguirle. Demos al obrero buenos libros á fin de contrarrestar el daño que le hayan ocasionado los malos; que vea en ellos la verdad; que encuentre allí interes y placer; y arrojará lejos de sí los escritos que pierden su alma.

Es necesario amar al pueblo, pues que necesita amor. ¿Os bastan á vosotros, hombres de la palabra, los aplausos? ¿Son ellos capaces de proporcionaros completa dicha? No. Vosotros buscáis además la mirada de una madre y el abrazo de una hermana. Después del mayor éxito anhelaís un cuarto de hora de ternura. Y el pueblo, ¿no ha de tener igual anhelo? El pobre abandonado y hasta depreciado de todos, ¿no ha de buscar una mirada amiga y una palabra afectuosa? La desgraciada mujer, flor destrozada por la mano brutal de un esposo, ¿no ha de ambicionar igualmente ternura y simpatía? Si sólo encuentra desde arriba y desprecio abajo, ¿qué ha de hacer? Dadle la ternura de Cristo.

Se desca el bien para aquellos á quienes se ama. Siendo benévolo con el pobre, se hace uno un servicio á sí propio, porque la bendición del pobre atrae la de Dios. El Padre Lacordaire, antes de emprender su elocuente misión de apóstol, tuvo el sublime pensamiento de ir á Roma, á los piés de la Cátedra de toda verdad, y para no aislar su palabra, se cubrió con el vestido del pobre, bajo el ropaje de los hijos de Santo Domingo. Salido de Ro-

ma para tornar á Francia y comenzar su apostolado, detúvose en el Piamonte en una casa de su órden. Un día en que se paseaba por el campo, agitado por la inquietud que le inspiraba su audaz empresa, un simple paisano, que tal vez habría oído hablar de él, se le aproximó, le besó la mano y se arrojó á sus piés.—«¡Padre mio, le dijo, yo os quiero bien!» Más tarde, cuando, vuelto á Paris, vió todas las hostilidades que se levantaban de antemano contra su palabra, todas las desconfianzas que excitaba de parte de un poder receloso y de una opinion ciega, cuando le fué necesario menospreciar los consejos de sus mejores y más santas afectaciones para presentarse con su hábito blanco en la cátedra de Nuestra Señora, como subiese con pena sus peldaños, en medio de una multitud ante la cual debia con razon asustarse; recordó las buenas palabras del paisano; apareciósele la figura del pobre piamontés como la de su ángel custodio; y se sintió más dueño de sí, más fortalecido, comprendiendo desde tal momento que dominaría á su auditorio y que habia ganado su causa. Sí: la bendicion del pobre nos es útil, nos proporciona beneficios; pero tambien él necesita de estas palabras que dilatan el corazon, reaniman el espíritu é inspiran buenos y santos pensamientos. Que los ricos, los poderosos, los escritores y los oradores amen al pueblo y le quieran bien, y el pueblo vendrá á ellos, vendrá á nosotros, que le ofreceremos, en lugar de la codicia, furor y desesperacion, la solucion pacífica y cristiana de los problemas que le interesan, la calma en las agitaciones que le atormentan y la armonía satisfactoria de las desigualdades de que se cree víctima.

Sí; es preciso hablar bien de aquellos á quienes se ama: acostumbremos á hablar bien del pueblo.

Con la publicidad de los periódicos, el pueblo oye, ve y sabe todo: nuestras existencias le son transparentes; nuestras vidas le son diáfanas. Que el pueblo sepa que se habla bien de él, que se refieren sus actos de generosidad, su abnegacion, su desinteres, cualidades no raras en él; que sepa que se le conoce, que se aplaude al pobre que á pesar de hallarse cargado de siete ú ocho hijos recoge al huérfano del vecino, ó del amigo, para repartir con él el pan de sus sudores y el abrigo de su familia, ó al obrero á quien, bastando apenas su salario, va á acabar la obra de su com-

pañero enfermo para llevarle por la noche el precio de su jornal. El pueblo es ignorante, envidioso, susceptible; pero tiene corazón. ¡Desgraciados los maldicientes que sólo saben dar á conocer la debilidad y los defectos ajenos! Más de una vez en el ejercicio de mi santo ministerio he podido apreciar los terribles ejemplos del mal que semejantes seres ocasionan. Concretándome á la elevada sociedad, ¡cuántas jóvenes infelices, colocadas entre maridos imprudentes que las abandonaban á sí mismas y amigas málévolas que daban á conocer á todo el mundo su ligereza y los peligros de su posición, no han sucumbido primero ante la opinión que ante su conciencia! ¡Cuántas caídas ocasionadas por fama de debilidad, por acusaciones exageradas, por maledicencias que arrebatan el apoyo de la opinión y os hacen perder para con vosotros mismos el respeto que no encontráis en los demás! El pueblo necesita ser defendido en sus debilidades y sostenido en sus desfallecimientos. Aseméjase á la pobre mujer del Evangelio, abatida bajo el peso de la vergüenza y del crimen, que viene á arrojarse á los piés de Jesucristo. El Salvador la levanta y defiende contra los que la quieren apedrear: «El que de vosotros esté sin pecado, tire contra ella la primera piedra.» Y en el acto dispérsase la multitud de acusadores. Si la Iglesia, podemos decir al pueblo, no te ha condenado, ¿quién se atreverá á condenarte?

Es preciso, en fin, servir al pueblo. Era en otro tiempo una bella y cristiana tradición soportar todas las cargas de cualquier oficio, segun aquella palabra de Jesucristo: *No he venido á que me sirvan, sino á servir*. Jesus, nuestro maestro, lavó los piés á los pobres y dió su carne y su sangre á este gran mendigo que se llama la humanidad. Gracias á Dios, hoy se saben apreciar ya los servicios del pueblo, y se le recompensa por todas estas obras que constituyen una de las glorias de la Iglesia católica, una de las ilustraciones de nuestro siglo, una de las protecciones de Francia y de Paris; se le sirve por medio de las inclusas, salas de asilo, escuelas, patronazgos, círculos de obreros, conferencias de San Vicente de Paul, sociedades de San Francisco Javier; pero todo esto no basta; es indispensable servirle por la palabra, ilustrándole.

Aunque la Iglesia le habla, él no viene siempre á oirla. Por

eso es preciso ilustrarle, aprovechándose del movimiento de la prensa y de la acción del libro, que penetra, por todas partes. El pueblo lee, y después de leer quiere leer más. Sabiendo esto, los enemigos de la sociedad y de la Iglesia han multiplicado las obras perniciosas, que van á buscar al obrero en su propia casa, se introducen en ella y le inician en el mal, bajo la forma que seduce y atrae. El obrero comprende que el mundo está entregado á los que saben, y que sus progresos en el bienestar, en la dignidad y en la elevación en el orden social, dependen del desenvolvimiento de su inteligencia. Tiene sed de ideas, de conocimientos, de hechos, y entrega su confianza á quien le sacia; por lo cual conviene no dejar esta arma poderosa al enemigo, combatiéndole, por el contrario, en el terreno en que se siembran las ideas y se recogen las convicciones y doctrinas.

¡Gloria, pues, á los hombres de buena voluntad que han sabido aprovechar sus ratos de ocio en trabajar á la vez que en multiplicar los buenos libros! Los resultados obtenidos ya prueban la importancia y utilidad de la obra que fundaron, siquiera estén aún lejos de alcanzar el objeto que se propusieran. Distamos aún mucho de las sociedades inglesas, que tantos millones gastan en repartir biblias y escritos populares, blasonando de haber expulsado de los talleres, buhardillas y chozas las obras impías y deshonestas, reemplazándolas por las instructivas y morales. Estamos muy lejos de cuanto se hace para impulsar, aún en las más apartadas aldeas, la propaganda protestante, racionalista y materialista. ¿Nos dejaremos vencer por estos hábiles escritores, que pretenden convertir las obras del espíritu humano en arsenal contra nuestra fe; y, cuando con tanto ardor se trabaja en arrebatarnos la confianza del pueblo, economizaremos nuestro tiempo, esfuerzos y sacrificios para hacer penetrar hasta él, bajo la forma que más le agrada, las sanas doctrinas, las ideas justas y la verdad religiosa, tan desconocida y desfigurada en la historia y novelas escritas para su uso? Entremos animosamente en esta senda, y puesto que hoy el libro es una potencia, que cada uno de nosotros pueda decir: «Maestro, hé aquí mi pluma. Vale más que mi espada.»

Hago principalmente un llamamiento á los jóvenes estudiosos. Algunos han escrito vidas de santos populares, desgraciada-

mente no muy numerosas, pero que han ocasionado grandes beneficios. Podría citar una obra de un individuo de las sociedades de San Vicente de Paul, que ha movido á más de un pecador á vestirse con el burdo hábito de San Francisco de Asís. Pero entendámonos. Escribir para el pueblo no es cosa fácil. Requiérese para ello otra literatura que no sea insípida, desabrida, que se cree sin peligro porque carece de interes, y moral porque es imoportuna. El obrero necesita satisfacer su inteligencia con un alimento sano y fuerte, porque ama lo bello y comprende lo grandé. Pidamos á Dios que nos envíe almas iluminadas, corazones dedicados á la Iglesia, que consagren su pluma á las bibliotecas populares. ¿Qué obra mejor para satisfacer una generosa y cristiana ambicion? ¿Cuál otra abrirá á la juventud la más honrosa puerta para entrar en la carrera del pensador y del escritor? ¿Qué cosa más bella, en efecto, que apartar al pueblo de las malas doctrinas de que se alimenta, y ofrecer esperanzá y consuelo á las almas desoladas? ¿Qué cosa más bella que presentar ante los ojos del obrero vastos horizontes, horizontes más elevados que su fábrica, y otros resplandores que los de su hogar, enseñándole á mirar al cielo y mostrándole el camino que conduce hasta Dios?

Quando el pobre sepa elevar su vista á lo alto, pasará sin envidia por medio de vuestras fiestas y festines. El que por la mañana y por la noche dobla la rodilla en tierra y reza al Padre, que está en el cielo, no sueña en dirigir una mirada de codicia ni de envidia sobrè los bienes y dichas de este mundo. ¿Qué le importa la tierra cuando tiene delante de sí el cielo? Quando el obrero encuentre en libros convenientemente escogidos buenos ejémplos y rasgos edificantes, sentirá revivir su fé y elevará su alma á Dios. Durante el trabajo le pedirá su bendicion; se acordará del obrero de Nazareth; y este recuerdo convertirá en dulces y ligerás sus faenas.

En esta mezcla de ideas, de tempestad, de ruido, de lujo y de fiesta que se llama civilizacion, el pueblo necesita guia y apoyo. Comprendamos los tiempos modernos como la Iglesia, nuestra madre, los comprende. Acercaos, señores, al pueblo con vuestras simpatías, y vosotras, señoras, con vuestras almas generosas. Acercaos á él con el Evangelio en una mano y el corazon en la otra, y vereis cómo vuestra Francia no está empobrecida, sino

que puede marchar aún al frente de las naciones. De esta suerte realizareis una gran cosa, pues reconciliando al pueblo con Jesucristo, con la religion y la verdad, calmando la tempestad, pasando gloriosamente al traves de los delirios y utopias de los hombres entregados á la molicie y los placeres, el pueblo vendrá á vosotros, y vosotros formareis el país cristiano, el pueblo cristiano, á quien el Papa abre sus brazos, y cuyas necesidades estudiará el Concilio (1) y bendecirá la Iglesia. Para tan gran empresa podeis contar con el sacerdocio, el cual, para obtener completo éxito, espera de vosotros costumbres cristianas, convicciones que se manifiesten y corazones que se sacrifiquen.



LA SAGRADA BIBLIA

La fuente de la sabiduria es la palabra de Dios increada é inmutable, que descendió del cielo á la tierra para comunicarse á los hombres. «¿Qué otra cosa, dice el Papa San Gregorio (2), es la Sagrada Escritura, sino una carta que el Todopoderoso ha querido por su bondad dirigir á su criatura?» El apóstol San Pablo (3) confiesa que «toda escritura, inspirada divinamente, es útil para enseñar, redargüir, corregir y resolver en justicia y para que el hombre sea perfecto é instruido en toda obra buena.» Y el mismo Dios dice: «Léjos de apartarse de tus labios el libro de esta ley, medita noche y dia en él á fin de que obres conforme á todo lo que en él está escrito, porque así prosperarás en tu camino y te gobernarás con prudencia (4).»

Guardar y observar la ley: hé aquí el moisaismo. Jesucristo y los apóstoles tachaban á los judios de lo torcidamente que la interpretaban; pero no de que en su texto hubiesen hecho alteracion alguna. En cada sinagoga custodiábase un ejemplar de la ley y los profetas, sin enmiendas, borrones, ni la menor mancha,

(1) El del Vaticano.

(2) Epist. LX, lib. IV.

(3) II, A *Timot.*, III, 16.

(4) *Josué*, I, 8.

y los particulares se procuraban á todo precio copias, en las que, ademas de aquellos, se contenian los otros libros de la Escritura; escrupulosidad y vigilancia que llegaron hasta el punto de instituirse un celador, atento sólo á que las palabras se pronunciasen con toda precision, sin que se omitiese en ellas ni un ápice.

Deseosa la Iglesia de que cada uno de sus hijos se aprovechase de tan gran tesoro, le ha tenido y tiene abierto para todos generalmente (1); pero á fin de precaver abusos que podian introducirse en asunto tan delicado, fundada en los profetas, que advierten que «no se aumente ni quite nada á la palabra divina para no aparecer mentirosos (2),» y en el testimonio de San Pedro (3) de que «ninguna profecía es de particular interpretacion,» ha inspeccionado las traslaciones de los sagrados textos del hebreo ó griego, en que fueron primeramente escritos, á otras lenguas distintas, como guarda que es de tan santo depósito, mayormente cuando, segun observó ya Tertuliano, de su torcida interpretacion han nacido los principales errores y herejias.

En virtud de cuya regla y del uso que en otro tiempo hizo la Sinagoga y despues la Iglesia, desde los apóstoles á nuestros dias, es célebre la traslacion del Antiguo Testamento hebreo al griego, conocida con el nombre de los LXX Intérpretes, y llevada á cabo en el reinado de un príncipe idólatra como el egipcio Ptolomeo Filadelfo, encargado, bien puede decirse que milagrosamente, de descubrir á los gentiles el secreto de los judíos y de difundir por este medio el conocimiento de la verdad á todas las naciones de la tierra.

Extendido el cristianismo por el imperio romano, hiciéronse varias traslaciones del Antiguo y Nuevo Testamento al latin; pero de las copias resultaron tales alteraciones, que nació no poca confusion.

Perseguida la Iglesia en los primeros siglos de su era, no pudo atender á corregir tales abusos, hasta que durante la paz de Constantino apareció el celoso pontífice San Dámaso, quien encomendó tan dificultosa obra al doctor San Gerónimo.

Este gran genio del siglo iv, natural de Stridon, en Dalmacia,

(1) *D. Thom.* I, Part. Quæst. I., art. IX, in conclus.

(2) *Deuteronomio*, IV, 2; *Proverbios*, XXX, 6; y otros.

(3) II, *epist.* I, 20.

educado en Roma, profundísimo en ciencias é idiomas eruditos, consultando á los más sabios hebreos de su tiempo, teniendo á la vista los mejores códices que habian quedado del antiguo uso de las sinagogas y recorriendo por sí mismo los santos lugares, se dedicó con la mayor fé á trabajar su version, ajustando el Nuevo Testamento al original griego y el Antiguo al hebreo, exceptó los salmos, que quedaron los de los LXX. Dicha traduccion, acreditada por una decretal de San Dámaso; conforme en todo con los originales, segun la calificó San Gregorio el Grande (1) y puede hoy verse cotejándola con las ediciones hebreas de Kenicott en Lóndres, Rossi en Parma y la Sixtina de los LXX y del Nuevo Testamento en Roma y Paris; usada ya en todas las iglesias en los dias de San Isidoro, como él mismo afirma (2); recibida en España el año 394, en que á instancia de Lucenio, obispo de Bética, pasaron á Belen á copiarla puntualmente seis notarios ó escribientes; es la llamada *Vulgata latina*, declarada como única auténtica en 1546 por el Concilio Tridentino (3).

Deseosos Sixto V y Clemente VIII de que de ella se hiciese el más correcto traslado, nombraron á los primeros talentos de la época á fin de que dieran á luz, como lo verificaron en 1593, la segunda edicion romana del último de aquellos pontífices, la cual ha servido despues de modelo para todas las otras impresiones, siendo tenida como la mejor y más acabada en concepto de protestantes como Grocio (4), Drusio (5), Millio (6), Pablo Faggio (7) y otros no ménos doctos é imparciales.

En todos tiempos y lugares ha habido traslaciones á lenguas vulgares de los textos sagrados; y si en ocasiones se opuso á ellas la Iglesia, fué en bien de los fieles, cuya buena fé pretendian sorprender ciertos herejes con sus traducciones adulteradas, hasta el punto de que Calvino y sus secuaces llegaron á afirmar que el demonio habia causado mayores daños por este medio que los

(1) Lib. XX, in c. 30, *Moval*.

(2) Lib. I, *De offic. Eccles.*

(3) Sess. IV, can. II.

(4) *Præf. in annot. ad Vet. Test.*

(5) *Ad loc. diffc. Vet. Test.*

(6) *Præf. in N. T. Grot. p. 102.*

(7) *Præf. ad Coll. translat. Vet. Test.*

que causó anteriormente ocultando al pueblo la palabra divina.

Segun los armenios, San Juan Crisóstomo, el más profundo de los padres griegos, nacido en Antioquia en 344, hijo de un general del imperio, trasladó á su idioma los salmos, cuando estuvo desterrado en aquel pais. Los húngaros aseguran que San Gerónimo vertió á aquella lengua toda la Biblia. Wlfilas, ántes de ser arriano, parece que la dió á los godos en su idioma. Santiago, arzobispo de Génova, y posteriormente el cardenal Thomasi y el docto Martini, la tradujeron al italiano. Contra las ediciones waldenses fué publicada en francés, en el reinado de Carlos V, una traduccion, y posteriormente otras por los intérpretes católicos Sacy y Carrières. El venerable Beda trasladó al inglés diversas partes del libro divino, y el colegio católico de Rhemes vertió últimamente el Nuevo Testamento.

En España, Alfonso el Sabio hizo que se tradujera la Sagrada Biblia por los años de 1260, de cuya edicion se conserva un ejemplar en la biblioteca del Escorial. Del siglo xv hay tres traducciones: una hecha de orden de Alfonso V de Aragon, de la que se guarda otro ejemplar en la mencionada biblioteca; otra del reinado de Juan II de Castilla; y otra escrita por Bonifacio Ferrer, doctor en teología y ambos derechos, y hermano de San Vicente. Existe otra del Antiguo Testamento, impresa en Ferrara en 1553, y otra del Nuevo, impresa en Valencia en 1556. Dos del siglo xvii de toda la Sagrada Biblia, publicada la una por el sevillano Casiodoro de Reina, y la otra en Amsterdam por Cipriano de Valera, autores calvinistas, que al apartarse del texto canónico contaminaron de errores sus obras. Y por último, las magníficas traducciones de la *Vulgata latina*, hechas á fines del siglo pasado por el obispo Amat y el R. P. Scio, conformes al sentido de los Santos Padres y expositores católicos.

Entre otros claros y piadosos ingenios que han vertido á nuestro idioma vulgar algunos libros de la Santa Escritura, merecen especial mencion Fray Luis de Granada, que puso en castellano muchos *evangelios* y *epistolas*; Fray Luis de Leon, el *Cantar de los cantares*, algunos *salmos* y capítulos de *Job*; y D. Manuel Ribeyro *Los consejos de la sabiduría*.

Tambien corresponde á nuestra nacion la gloria de la famosa edicion de la *Poliglota*, en hebreo, griego, caldeo y latin, comen-

zada en Alcalá de Henares, de orden del cardenal Cisneros, en 1502, y acabada por sus autores al cabo de 16 años, sin descansar un solo día.

El Antiguo Testamento comprende: el Pentatéuco, ó sea los cinco libros de Moisés; Génesis, Exodo, Números, Levítico y Deuteronomio;—el libro de Josué;—el de los Jueces, que se cree escrito por Samuel;—el de Ruth;—los cuatro primeros de los Reyes, que escribieron Samuel y otros;—los dos del Paralipómenos;—el primero de Esdras;—el segundo que llaman de Nehemías;—el de Tobías;—el de Judith;—el de Esthér;—el de Job;—el Salterio de David, compuesto de ciento cincuenta salmos;—los Proverbios, el Eclesiastés, el Cántico de los cánticos y la Sabiduría de Salomon;—el Eclesiástico de Jesús de Sirath;—las profecías de Isaías, Jeremías con Baruch, Ezequiel y Daniel;—los doce profetas menores, desde Oseas á Malaquías;—y los dos libros de los Macabeos.

El Nuevo Testamento contiene: los cuatro Evangelios de San Mateo, San Márkos, San Lúcas y San Juan;—los Hechos de los apóstoles, escritos por San Lúcas;—catorce epístolas de San Pablo;—dos de San Pedro;—una de Santiago;—otra de San Judas;—tres de San Juan;—y el Apocalipsis del mismo.

El Antiguo Testamento nos descubre la providencia de Dios; el Nuevo su misericordia. Aquel nos enseña al Criador; éste al Salvador. El primero nos presenta al Dios del Eden y del Sinaí, como á un padre que vela por sus hijos, qué guia sus pasos, cuida de su subsistencia, castiga á los rebeldes, perdona á los arrepentidos, y á estos y á los buenos les consuela en sus aflicciones y sostiene en sus necesidades; el segundo nos presenta al Dios del Tabor y del Calvario, mostrándonos la gloria espiritual que en la otra vida reserva para los justos, á cuyo fin nos redime desde la cruz de nuestra primera culpa para hacer más asequible el camino. Así nos conduce de un estado á otro más perfecto, del Dios Padre, Creador, al Dios Espiritu Santo, Revelador, y, por último, al Dios Hijo, Redentor, á cuya gracia hemos de acudir en nuestras dolencias, de cuya fuente de misericordia hemos de beber para aplacar la sed de nuestras pasiones y á cuyas plantas hemos de postrarnos, en demanda de la salud eterna, ricos y pobres, sabios é ignorantes, reyes y súbditos, señores y esclavos.

vos, todos declarando guerra á la soberbia, avaricia, concupiscencia y demas abominables vicios, frente á los cuales se nos ofrece la fidelidad de Noé, la caridad de Abrahan, la obediencia de Isaac, la fé de Jacob, la bondad de José, la paciencia de Job, la piedad de Samuel, el arrepentimiento de David, la justicia de Salomon, el fervor de Daniel, la fortaleza de Judith, la castidad de Susana, y tantas otras virtudes, cual modelos dignos de imitar.

Segun observacion de un escritor inglés, dado á la estadística sagrada, la Biblia tiene 66 libros, 1.189 capitulos, 31.173 versículos, 773,556 palabras y 3.566.560 letras, estando repetida en ella 46.197 veces la conjuncion *et*, y el nombre de *Jehová* 6.855.

Tal es el libro universal, que los comprende á todos, pues que encierra particularmente ciencia geológica en el *Génesis*, legislación en el *Exodo*, historia en *Los Reyes*, filosofía en *Job*, moral en *Los Proverbios*, poesía en *Los salmos*, y en todos juntos y cada uno de por sí cuanto puede ambicionar nuestro espíritu.

Por eso hoy, cuando tan relajadas están las costumbres y tan ofuscadas las inteligencias, conviene como nunca su estudio, en la seguridad de que, léjos de marchar como enemigas la religion y la civilización, en el libro de Dios y sólo en él deben hallar, el arte la sublimidad de sus inspiraciones, la filosofía el dogma de nuestra alma, la historia la más firme comprobacion de sus hechos, y la ciencia la más segura explicacion de los fenómenos naturales.

ADDON DE PAZ.

CARTAS Á UN OBRERO

CARTA OCTAVA

Apreciable Juan : En las anteriores cartas hemos hablado con frecuencia de *capital*; ya sabemos lo que es, pero convendrá que nos detengamos un poco más á analizarlo, máxime cuando hoy todo el mundo habla de él, y es un recurso oratorio, un arma ó una bandera de combate *declarar la guerra al capital*; especie de absurdo que causará algun dia grande asombro.

El capital no es precisamente dinero. Se tiene un capital en géneros de lana ó algodón, en frutos coloniales, en trigo, vino ó aceite.

Capital es un valor de que no necesita inmediatamente su dueño, y que puede convertirse en instrumento de trabajo.

Ya hemos visto que sin capital, sin la facultad de hacer algun anticipo y sin instrumento de trabajo, es imposible civilizacion, prosperidad ni áun existencia de las sociedades.

Sin capital no se siembra el trigo, ni se planta la vid, ni se forman los rebaños, ni se fabrica una vara de lienzo, ni una caja de fósforos, ni se trae una arroba de azúcar, ni una libra de tabaco: sin capital no hay más que ignorancia, barbarie, miseria moral y física, vicio y crimen, porque ya no cree nadie en las virtudes y altas dotes de los pueblos salvajes.

En los países civilizados hay pocas personas que no tengan algun capital. Tu herramienta y el dinero con que te mantienes toda la semana hasta que cobras el sábado, es un capital.

El botijo y la cesta donde lleva los vasos la aguadora, es un capital; y las naranjas de la naranjera, y la verdura del que la vende, los fósforos y el papel de hilo del fosforero, las madejitas de algodón y de hilo y los rábanos, son un capital tambien.

Sin poder hacer algun anticipo, ni agua puede venderse por las calles.

Pero contra estos pequeños capitales nadie truena; no son ellos los causantes de la miseria pública. Ahora te pregunto yo, Juan, es decir, pregunto á los que procuran extraviarte: ¿Desde cuándo empieza la *malicia* del capital? ¿Desde qué cantidad es perturbador, opresor, tirano, como algunos lo llaman? Menester seria fijarla, porque, poco ó mucho, casi todos los hombres son capitalistas, y convendria saber los que no están comprendidos en el anatema.

Como te decia en una carta anterior, á una ley misma obedece el oleaje de una aljofaina y el del Océano; no es diferente la del mercado de Lóndres á la del puesto de verdura donde compras patatas. El capital del aguador, lo mismo que el del banquero, quiere sacar el mayor rédito posible; procura excluir la competencia y ensanchar el mercado, etc., etc.

Si voy á una tienda de objetos de lujo, veo que me piden por

una cosa el doble, un tercio, una cuarta parte más del precio en que me la dan, del precio corriente; es decir, hablando claro, que procuran engañarme. Aquel gran capitalista es un mal hombre. Llamo al naranjero, me pide también el doble, una mitad, una cuarta parte más de lo que ha de llevar; me dice que son excelentes, aunque sean malas, sus naranjas; si puede, me las encaja podridas; en fin, procura engañarme en el precio y en la calidad. Aquel pequeño capitalista es un mal hombre. Todo el que vende una cosa procura sacar de ella la mayor cantidad posible; todo el que la compra trata de dar lo menos que puede: es la ley económica á que obedecen todos, pobres y ricos.

Te haré observar, no obstante, que los pequeños capitales sacan un rédito infinitamente mayor que los grandes, y tanto, que te parecería monstruoso si bien lo notases. El naranjero, el verdulero, el que vende fósforos, sacan un ciento por ciento de su capital cada semana; esto no te irrita, y reservas tu cólera para el fabricante, que saca un seis ó un diez por ciento, ó para el agricultor, que saca un tres. El precio de la mayor parte de las cosas que compras está recargado por el rédito exorbitante que de su capital sacan los pequeños capitalistas, que no obstante hallan gracia entre los enemigos del capital, cuya culpa, si la tuviese, estaría en razón inversa de su importancia.

Un gran capitalista hace una casa y procura dar pocos jornales; es decir, comprar el trabajo lo más barato posible: un pequeño capitalista, el albañil, procura que suba su jornal y trabajar poco y no bien; es decir, vender caro y malo.

El capitalista de un duro y de un millon hacen lo mismo; sus acciones, que pueden diferir en resultado económico, tienen el mismo valor moral, y ellos no son peores ni mejores uno que otro.

¿Deduciremos de aquí que el hombre es un perverso monstruo, todo fraude y egoísmo? No seguramente: de aquí se deduce que la fraternidad tiene su lugar, que no es el mercado; que la compra y la venta, aún con la mejor fe, está regida por el interés, y regatea con el vendedor hasta el último maravedí el mismo que es capaz de darle en seguida su sangre para salvarle de un peligro; que la Providencia, más sabia que los hombres, ha puesto el cálculo como ley en los negocios mercantiles y en todas las especulaciones, sin lo cual serían imposibles; y en fin, que la ge-

nerosidad y la abnegacion, indispensables en la sociedad, van con otro orden de ideas y tienen otro campo en que ejercitarse. Importa mucho no confundir estas cosas, ya porque es perjudicial toda inútil tentativa de llevar al mercado lo que no puede estar en él, ya porque se calumnia á la humanidad, pervirtiéndola en igual proporcion, si se le niegan sus virtudes, sin más motivo que el que no las practica allí donde son impracticables.

El capital es un gran bien, una necesidad. Se abusa de él, como del poder, de la ciencia, del valor, de la fuerza, del nacimiento, de la belleza, de cuanto hay. Toda ventaja puede convertirse en una iniquidad, si el que la posee no tiene razon ni conciencia, pero la mayor y menor cuantía del capital no varía su esencia, y los pequeños capitales son los que exigen un rédito mayor.

Sobre otra circunstancia llamo muy particularmente tu atencion, que se fija en los capitalistas que se enriquecen y no en los que se han empobrecido. Si estudiaras la historia de muchas industrias que hoy prosperan, tal vez de la mayor parte, verias que los primeros, acaso los segundos y terceros especuladores que las plantearon, se han arruinado, y los que vienen despues compran por casi nada edificios, aparatos, etc., y reciben de balde la experiencia que costó su fortuna al que les ha precedido. Esto no es un caso eventual; hay una gran masa de capitales que constantemente se pierden en especulaciones *que salen mal*, y que no son otra cosa que ensayos hechos á costa de los capitalistas y en favor de la sociedad, y de tí, que formas parte de ella.

La explotacion de minas, por ejemplo, es seguro que no da lo que cuesta, sobre todo la de metales preciosos. Cualquiera que sea el móvil que impulse á llevar allí los capitales, es el hecho que se pierden en gran parte para su dueño, y que el beneficio que logra la sociedad es á costa de la pérdida de muchos de sus individuos.

Tú dirás tal vez: ¿cómo puede ser útil para la sociedad lo que es desventajoso para el individuo? Nos detendremos un momento para comprenderlo bien.

En España es indudablemente útil que se introduzcan ciertas industrias de que carece, y para las que no tiene ninguna ventaja *natural*. Sea la fabricacion de cristales; y la pongo por ejemplo, porque me consta que una fábrica que está hoy dando grandes ganancias arruinó á sus primeros dueños. Trátase, como

te digo, de la fabricacion de cristal; hay que traer todos los operarios del extranjero, y las materias primeras en su mayor parte; hay que buscar corresponsales, y hacer variar al comercio del camino que tiene hábito de frecuentar yendo á surtirse á otra parte; no se pueden vender inmediatamente los productos, como seria necesario; hay que hacer edificios costosos, etc., etc. No basta el capital; resultan errados los cálculos, y el especulador se arruina. Le sucede otro, á quien acontece lo mismo; hasta que el tercero, con los edificios y útiles que compra más baratos, con todos ó una parte de los operarios que halla instruidos ya, sin tener que apelar al medio onerosísimo de recurrir á extranjeros, con corresponsales y medios de dar salida á los productos, con el capital que se ha visto ser indispensable para el buen resultado de la empresa, con la experiencia, en fin, comprada á costa de la ruina de los otros dos, el tercer especulador plantea una industria benéfica para sí y para el país.

Con la explotación de una mina sucede algo parecido. Si nada se saca de ella, el capitalista y la sociedad, todos pierden: más; puede sacarse un mineral de mucha utilidad, pero en cuya explotación se hayan arruinado una ó más personas, ó que, aunque no se arruinen, no saquen rédito á su capital, ó lo saquen muy pequeño.

Esto es todavía más palpable en las grandes obras públicas. Se sabe que los caminos de hierro no han sido una buena especulación en ninguna parte; que en muchos han perdido los individuos los capitales en ellos empleados. Tú que recorres alegremente la vía en un tren de placer, tal vez entre copla y copla echas una parrafada contra el capital, contra ese feroz tirano causa de todos tus males, y no sospechas que te ha hecho gratis, ó poniendo dinero encima, la obra tan útil y cómoda para tí y para la sociedad entera.

¿Has oído hablar de la apertura del istmo de Suez? Es una empresa gigantesca, que pone en comunicacion el Asia con la Europa, y que regenerará aquella inmensa parte del mundo, llevando á su cabeza la luz de la ciencia, y á su corazón el espíritu del Evangelio. ¿Cómo se lleva á cabo esta obra? Dicese que sacrificando una parte del capital: parece que el sacrificio es la ley de todas las grandes cosas.

Y cuenta con que en esas empresas en que se pierde el capital en todo ó en parte, el trabajo, y sobre todo el trabajo manual, no pierde nada; haya ó no haya ventajas, cóbrese un interés ó no se cobre, los jornales del obrero se pagan religiosamente. Se dirá que no es posible otra cosa, porque el obrero no tiene ahorros para hacer anticipos, y no podría trabajar si no se le diera cada semana con qué comer: así es la verdad, pero no es ménos cierto que el trabajo del bracero nada pierde en las empresas que arruinan el capital, que, fruto las mas veces de grandes privaciones y de una laboriosidad inteligente, desaparece para su dueño con grande ventaja del comun. Si se hiciera una estadística exacta, te asombrarías de los millones que cada año pasan de manos de sus dueños á la sociedad, que los recibe, ya en forma de obras públicas que no son ventajosas para los particulares que las emprenden, ya en tentativas industriales ó mercantiles, ruinosas hoy, y que un día serán de grande utilidad. Estos millones suponen centenares ó miles de personas que pierden parte, tal vez toda su fortuna. Ha sido mal adquirida, pensarás tal vez. Este es otro error en que estás, Juan. Hay fortunas, demasiadas por desgracia, que son, en efecto, mal adquiridas, pero no son las más, ni con mucho; la mayor parte son fruto del trabajo inteligente, de la perseverante economía.

Tú te quejas del especulador afortunado que escatima al obrero su jornal, miéntas él realiza grandes ganancias. Suelen exagerarse mucho las ajenas, mas si es como tú lo dices, hace mal; pero si es raro que un capitalista, cuando realiza una gran ganancia, espontáneamente dé una parte de ella á los operarios que le hayan ayudado á realizarla, no tengo tampoco noticia de que los trabajadores que han recibido buen jornal, y religiosamente pagado, para plantear una industria que arruinó al que ha intentado establecerla, digan: «Vamos á fumar algunos cigarros ménos, y dar dos cuartos cada semana, para que no se muera de hambre el que fué capitalista y hoy está sumido en la miseria. Nos ha dado pan y hoy no le tiene, y nosotros ganamos en la tentativa en que él lo perdió todo.»

Te repito que no tengo noticia de que los obreros hayan pensado nunca nada semejante en los muchos casos (porque insisto en que son muchos) en que se arruina en una empresa el que pagó

bien el trabajo. Y no es que los trabajadores sean malos ni miserables, nada de eso; son, por el contrario, caritativos y generosos, pero no les ha ocurrido semejante idea, hija de la fraternidad que debe existir, y que no existe, entre los hombres.

Resumamos, Juan.

El capital es una necesidad imprescindible.

La gran mayoría de los hombres son capitalistas.

El capitalista, grande ó pequeño, hace lo mismo; saca de su capital todo el interes que puede.

Los capitales más pequeños son los que sacan mayor interes.

La fraternidad y la abnegacion, indispensables en el mundo, no pueden exigirse en las especulaciones, cuya ley es el cálculo.

Gran número de capitalistas se arruinan en empresas benéficas para la sociedad.

Aunque el capitalista se arruine, el obrero cobra, y no se cuida de la suerte del que perdió su fortuna.

Yo siempre estoy con mi corazón de parte de los pobres, pero mi razón me demuestra muy claro que pobres y ricos se calumnian, cuando se atribuyen mutuamente vicios de clase. El capitalista, en lugar del obrero, haría como él, y este se conduciría como el millonario, si en su posición se hallase. Las virtudes y los vicios del hombre varían de forma según su posición: en la esencia son los mismos. Tú y yo conocemos ricos que deberían estar en presidio, y pobres que por falta de justicia andan sueltos.

El declarar la guerra al capital es tan absurdo, como sería declarárselo al trabajo, al arado, á la sierra, al martillo, al pan, á la carne, al aceite y á las patatas.

En vez de maldecir el capital, el trabajo, lo que hay que hacer es moralizar é ilustrar al capitalista y al trabajador, para que no abusen de la fuerza cuando respectivamente la tengan, ó crean tenerla; para que comprendan el gravísimo perjuicio que se les sigue, y el peligro en que los pone el tratarse como enemigos; para que sientan que, sin moralidad, benevolencia y abnegacion, son insolubles todos los problemas sociales; y que mientras la fraternidad no sea más que una palabra, no se puede llamar un bien á la riqueza.

CONCEPCION ARENAL.



SECCION HISTÓRICA



DOCUMENTOS HISTORICOS

SOBRE EL PRINCIPIO Y EL FIN DE LA COMMUNE

por el presbítero M. Lamazou, vicario de la Magdalena (1)

LA ROQUETTE.—ASELINATO DE LOS REHENES.—CUATRO DIAS DE AGONÍA

Así como la pequeña Roquette es la prision para los detenidos jóvenes, la grande Roquette, ó simplemente la Roquette, es el depósito de los condenados á muerte y á trabajos forzados: el edificio del E. y el del O., que constituyen las dos partes de esta última, están separados en el interior por un extenso patio, y unidos hácia la calle por un tercer cuerpo de edificio, en cuya planta hállase la oficina en un lado, y en el opuesto una capilla bastante espaciosa, que ya puede suponerse que estaba cerrada y desnuda de cuantos objetos de culto y adorno habian podido ser arrancados.

En el primer piso del edificio del O. quedó recluida una parte de los presos con los rehenes que habian llegado la víspera; el segundo y tercero contenian los condenados del Tribunal de Assises del Sena. La otra porcion de presos, en la cual yo me hallaba, fué llevada al tercer piso del edificio del E. En el primer piso de este edificio habia unos cuarenta guardias de Paris, prisioneros de la Commune, y en el segundo un número poco mayor de guardias de policia, que, hallándose el 18 de Marzo en Montmartre, cayeron en poder de los insurrectos á causa de la defecion de la tropa en aquel punto, ademas de unos doce soldados de artilleria, prisioneros igualmente. Un centenar de soldados, ya de los que se negaron á servir á la Commune á su paso por Paris, ya de los aprisionados en varios encuentros, ocupaban de antemano el tercer piso, á donde fué conducido con otros siete eclesiásticos y tres seglares, á saber: M. Crepin, M. Geraux y M. Gualverto, oficial de paz. Á la noche siguiente fueron encerrados con nosotros tres vicarios de las parroquias de Belleville y de San Ambrosio.

Son de extraordinaria sencillez las celdas de la Roquette: un metro y pocos centímetros de anchas; dos metros y medio de largas; sin mesa ni sillas ni más que una simple cama de hierro:

(1) Véanse los números anteriores.

ausente de allí toda limpieza, notábase que habian pasado muchas generaciones de criminales, dejando huellas de la más hedionda inmundicia. Preciso es, sin embargo, reconocer una ventaja en la Roquette que no tiene Mazás; la de no regir el sistema celulario y poder los presos comunicarse, ya en los corredores del piso que ocupan, ya en el patio. Cada ventana ilumina dos celdas, separadas por un fuerte tabique, entre el cual y las barras de la ventana hay un espacio que permite hablarse y aún pasar de una á otra un libro; de modo que mi vecino, el presbítero M. Amodrú, y yo, podíamos comunicarnos algunos pensamientos piadosos y propósitos edificantes; así es que hablábamos, durante el día, de Dios, de la muerte, de la eternidad y de los servicios que todavía podíamos prestar á nuestros compañeros, y contemplábamos, durante la noche, los dos á la vez, los terribles incendios que al parecer devoraban á todo París. En la misma noche de nuestra llegada, una batería de once piezas de grueso calibre, situada en el cementerio del Padre Lachaise, comenzó á lanzar sobre los diferentes barrios de la ciudad granadas y bombas de petróleo, con cuyos disparos á pocos metros de la prision se conmovian y retemblaban nuestros calabozos, á la vez que nuestros oídos se desgarraban con la estrepitosa detonacion y el estridente silbido de los proyectiles que pasaban por encima de nuestras cabezas. Hasta el sábado 27 de Mayo, á las tres y media de la tarde, hora en que el ejército se apoderó del cementerio, no cesó de vomitar el incendio esta batería. El ciudadano Delescluze, pocos días ántes de mi reclusion, habia declarado en una proclama, en que apénas se pararon mientes, que los miserables abogados del Gobierno de 4 de Setiembre, despues de vociferar que se defenderian en los fuertes, las murallas y las barricadas contra los prusianos, lo habian entregado todo á éstos; pero que lo que ellos no hicieron contra el extranjero, lo haria la Commune contra los realistas de Versalles, y aún más completo: «despues de las murallas, las barricadas; despues de las barricadas, las casas; despues de las casas, la mina y el incendio.»

Natural era que cumpliese su palabra.

Tambien el miércoles por la mañana nos fué permitido comunicarnos, pues sólo habia prohibicion severa de toda relacion entre nosotros y los soldados; de modo que cuando estos bajaban á algun patio de la cárcel, nosotros permaneciamos encerrados en nuestros calabozos.

En una de las ventanas del primer piso del O., habia divisado yo al presbítero Bayle, uno de los vicarios generales de monseñor Darboy. Reconocióme pronto, y con la ayuda de algunos signos, hizome saber que al medio dia tendrian los rehenes un rato de esparcimiento en uno de los patios, durante el cual M. Deguerly se alegraria de verme y de saber por mí algunas noticias de la parroquia de la Magdalena. ¡Cuán dulce emocion sentí al oír la orden de bajar, pensando que iba á ver de nuevo á mi arzobispo,

á mi cura, á mis vicarios generales y á algunos amigos que en el clero y en las órdenes monásticas tenia! Colocado enfrente de la puerta por donde debian salir del edificio del Oeste, fué el primero á quien vi presentarse el arzobispo monseñor Darboy: los sufrimientos y las privaciones habian hecho tales estragos en su débil y delicada naturaleza, que apenas podia reconocérsele. Vióse al punto rodeado de los sacerdotes mis compañeros, acudiendo con no menor solicitud los seculares á expresarle su respetuosa simpatía: y cabalmente cuando á mí me dirigia amistosas palabras al besar su mano, entró en el patio M. Deguerry. Diez años hácia que era yo vicario suyo en la Magdalena; y conocedor de su fibra activa y de su carácter delicado é impresionable, creí hallarle débil, abatido y enfermo á los dos meses de cautiverio en la estrecha celda de una prision. Pero nada de eso; felizmente su buen semblante, su aire vigoroso y su conversacion revelaban una superior energía. En medio de sus setenta y cuatro años, andaba erguido como nunca, y las grandes privaciones y trabajos sufridos á la vez que el arzobispo, no pudieron hacer mella en su constitucion poderosa.

Un cuarto de hora consagré á monseñor Surat, al padre Olivaint, á M. Bayle, á M. Petit, secretario general del arzobispo, á M. Moleon, cura de San Severino, y algunos otros colegas; y todo el tiempo restante que se nos concedió, lo pasé con M. Deguerry, que me pidió afanosamente noticias de su clero y de su parroquia: el vivo pesar que le causó el saber la clausura de la Magdalena fué neutralizado al saber que no habian destrozado ni envilecido ningun objeto en su iglesia. De las humillaciones sufridas de parte de Rigault, de los pesares y mortificaciones experimentados tan largamente en el calabozo de Mazás, hablóme poco: en vez de conservar el más pequeño rencor en su corazon, queria, por el contrario, segun me dijo, «consagrar los pocos años que de vida le quedasen á prodigar todo el bien posible á los perseguidores del clero y de la Religion; á elevar á la altura de las extraordinarias necesidades de Paris el ministerio de la caridad y de la palabra evangélica, y á demostrar á todo el mundo que fuera de Jesucristo y de su doctrina santa no hay para los hombres ni para los pueblos sino ilusiones, engaños y ruinas materiales y morales.» Consigno sus mismas palabras para acreditar con ellas que M. Deguerry no abrigaba graves temores sobre su persona; pues aunque sabia, como el arzobispo, que se habia tratado de la muerte de los rehenes en las deliberaciones de la Comuna, creian ambos que tales amenazas no se realizarian. ¿Por qué tal confianza sin una promesa cierta, sin ignorar las orgías revolucionarias de Paris ni los odios brutales de sus tiranos? ¿Por ventura juzgarian que teniendo su conciencia pura, en ningun cerebro humano habia de brotar la idea de darles la muerte?... En vano me esforzaba por explicarme esta confianza, cuando vino monseñor Darboy á reunirse con nosotros. A pesar de su salud quebrantada y de su naturaleza decaida, la lucidez y sagacidad de su espíritu las conservaba todavía, notándose en sus juicios sobre los

hombres y los sucesos, elevacion y firmeza y un si es no es de cáustica delicadeza. Inspirado por el sentimiento de su dignidad eclesiástica y de su valer intelectual, sus observaciones estaban llenas de vigor y oportunidad, al hablar de las humillaciones increíbles que habian querido imponerle Raoul Rigault y otros héroes de club y taberna, creyendo engrandecerse y adquirir sublimes títulos á la admiracion de la posteridad, concluyendo por deplorar amargamente la decadencia de las ideas de autoridad y respeto, y por declarar que Paris y Francia no se recobrarian de sus desgracias si no volvían los ojos á ellas. Monseñor Darboy nos recordó, en apoyo de esto mismo, el final de una de sus pastorales últimas, en que anunciaba que, si la sociedad persistia en el desconocimiento de la ley providencial del Evangelio y en la repulsion ú olvido de los principios morales y religiosos, debia apercibirse para rudos sacudimientos. Con tal motivo recordé, por parte mia, que un diario democrático se habia determinado á censurar como exagerado este lenguaje, lo cual daba la medida del empeño que habia en apartar á Paris de toda creencia y práctica religiosa. Tal recuerdo no desagradó al parecer á monseñor Darboy, á quien no era desconocido el artículo mencionado.

Sabia el arzobispo que mi arresto era reciente, y que algunas relaciones conservaba aún con el mundo político, á causa de mis antiguas ocupaciones; por lo cual, despues de preguntarme acerca de la situacion de Paris en lo concerniente á la religion y al culto parroquial, y de enterarse de la suerte del valeroso anciano M. Buquet, que seguia prestando desde su casa providenciales servicios á la administracion diocesana, como el único miembro libre de ella desde el arresto de M. Jordán en la Conserjería, de M. Icard en la cárcel de la Salud, añadió monseñor, ajeno á todo temor por su persona:

— Y en el mundo político de Paris, ¿qué se piensa de la suerte de los rehenes?

— Es tal, monseñor, le dije, la confianza que á los hombres de bien inspira la Commune, que cada dia huyen apresuradamente de su alcance. En el momento en que el Comité de salud pública me ha hecho comprender que yo iba errado en no imitarlos, me quedaban en Paris solamente cuatro personas dignas de confianza para hablar de los sucesos del dia, pero con las cuales ni siquiera podia hacerlo. Eran estas: M. Letellier, secretario del Crédito territorial; M. Garbán, antiguo diputado del Sena y Marne; el conde de Langier, antiguo oficial, y M. Goffin, presidente del Consejo de administracion de San Bustoquio, que con sus ochenta y cuatro años y todo fué encarcelado, aunque breve tiempo, por el delito de haberse encontrado en su casa bonos de pan y carne, que tenia la audacia de distribuir á los pobres del cuartel del Mercado. Si deseais, pues, saber algo de noticias del mundo político y diplomático que resta en Paris, habreis de recurrir á las pobres mias. Pero yo, ante todo, me permitiré preguntaros si manjar semejante será digno de vuestro paladar delicado.

Monseñor Darboy contestó sonriéndose:

—Creo que la Commune no habrá tenido tiempo bastante para turbar vuestro ánimo; y en tal confianza, aguardo vuestra respuesta á mis preguntas.

—Pues la daré. Vuestro arresto y el de los demas rehenes es reprobado, monseñor, por la gente honrada y de entendimiento. ¿Quién sino los prusianos y los hombres de la Commune habian de ser capaces de resucitar esa bárbara costumbre? Algunos representantes de las naciones extranjeras han dado pasos, segun se me ha asegurado, para alejar de vuestra persona todo peligro; y el gobierno de Versalles favorece y activa sus gestiones, no pudiendo hacerlas directamente (1).

—En la prision de Mazás, repuso el venerable arzobispo, tuve noticia de esto; y sin duda bajo semejante presion de la diplomacia es como aseguró Protot que los rehenes aprehendidos por la Commune no significaban más que habia tenido que ceder á brutales exigencias demagógicas; pero que, si tales exigencias se imponian, lo cual parecia imposible, para realizar una ejecucion sangrienta, estaba resuelto á defender la vida de los miembros del clero. Yo, despues de todo, tengo confianza sin límites en la bondad de Dios y en el testimonio de mi conciencia.

Cuando acababa monseñor Darbov de pronunciar estas palabras, eran las dos y media, y nuestro vigilante dió la señal de regresar á nuestros calabozos.

Asombrábame la seguridad que mostraba monseñor, la cual habria sido poderosa á disminuir mis temores, si no hubiera formado el firme propósito, desde mi traslacion á la Roquette, de no entregar mi ánimo á nuevas ilusiones. Así, al escribir posteriormente á un ilustre amigo de mi cura y de mi arzobispo, dándole cuenta de esta conversacion postera, le decia: «Mientras parecia que ellos ningun temor abrigaban, yo no abrigaba ninguna esperanza.»

Ocurria lo ántes referido el miércoles 24 de Mayo; y poco despues, como á eso de las siete de la tarde, noté en el gran patio interior, á través de mi reja, un extraño movimiento.

Entré Mazás y la Roquette habia señalada diferencia: en Mazás era bastante fiel la observancia del reglamento disciplinario;

(1) El «Diario Oficial» de la Commune de 9 de Abril, hablando del decreto sobre los rehenes, cuya responsabilidad han rehuido con audacia increíble la mayor parte de los acusados ante el tercer Consejo de guerra, se expresaba de este modo:

«Los periódicos hostiles á la Commune alzan el grito, y con un estilo ficticio y exagerado de indignacion y violencia se desatan contra el decreto defensivo y salvador de los rehenes; mas tienen buen cuidado en callarse respecto de la ley de M. Dulauré, ministro de Justicia en Versalles, la cual deja indefensos á los guardias nacionales, entregándolos á los jueces militares sin consideracion á su calidad de beligerantes. . . . De modo que en cuarenta y ocho horas los acusados podrán ser condenados á muerte y ejecutados sin posible defensa; y la Asamblea vota con urgencia esa ley, como si se empeñara en justificar aquella máxima de tigre que en la discension salió con solemnidad de los labios de M. Picart: «Emplearemos contra ellos todos los medios que estén en nuestras manos.» ¡Y estas palabras arrancaron aplauso de la Asamblea!

«Va saben, pues, los defensores de la Commune que en ningun caso deben rendirse á esos verdugos sedientos de sangre; y nadie habrá que pueda censurar á la Commune por apoderarse de los rehenes; pues lo hace para poner término á esos indignos asesinatos.»

pero en la Roquette ni existía orden ni disciplina: situada esta prision entre los barrios de San Antonio, Menilmontant y Charonne, hallábase á merced de todas las bestias feroces de ellos, que á su placer saltaban y rugían. Hombres de siniestra catadura, armados los unos con revólvers y llevando otros en la mano misteriosos papeles, pasaban desde las oficinas al edificio del Oeste, en el cual estaban los rehenes de primera hora. El director de la prision, con sus pantalones y cinturón encarnados, daba y recibía órdenes, con un aire en que se reflejaba, segun las ideas que de su moralidad se tenían, ó su turbación ó su contento. Pasados estos días de luto y de sangre, su actitud no dejó duda de su criminal complicidad (1).

No disimulaban su alegría los malos carceleros, al paso que los buenos desaparecían llenos de consternación. Un ciudadano de torvo semblante y ademán imperioso, ante el cual inclinábanse unos y temblaban otros, se dirigió hácia el edificio del Oeste, como atacado de embriaguez ó locura: faltábame serenidad para reconocerle con certidumbre, mas no tardé en convencerme de que era Ferré: otros afirmaban que se veía también allí á Raoult Rigault y á Ranvier: los tres émulo de Robespierre figuraban á la vez en el puesto de la infamia (2).

Iban quedando vacías ó cerradas la mayor parte de las ventanas del primer piso del edificio del Oeste enfrente del nuestro, en donde se hallaban los principales rehenes; ¡signo del lúgubre vacío de los calabozos! Por el contrario, en el segundo y

(1) En su segunda deposición, tan expresiva como la primera, M. Puimoyen, médico de la pequeña Roquette, afirma que un agente de la Comaune se presentó el miércoles 24 de Mayo en la alcaldía del undécimo distrito en la grande Roquette con una orden del tenor siguiente: «Esta mañana han sido muertos en la barricada de la calle de Caumartin un capitán y seis hombres. Deben ser fusilados sesenta y ocho de los rehenes.» Hizole notar el secretario que debía de haber error en los guarismos, pues sesenta y ocho individuos de los rehenes no guardaban proporcion con siete federales muertos. Volvió el hombre á las oficinas de la Commune, y regresó otra vez con la orden de fusilar á seis sacerdotes. Observé nuevamente el secretario que debía de haber error también, pues M. de Bonjean no era sacerdote; pero fueron en vano todas las observaciones, y el sacrificio de las víctimas se llevó á cabo. Francois dijo á su secretario al día siguiente de la ejecución, amenazándole con el revólver: «Te salto la tapa de los sesos, si vuelves á esta casa. Te tengo por sospechoso; pues eres la causa de que no haya habido más que seis en vez de los sesenta y ocho. Anda, vete; no quiero verte más.» Y lo despidió de su lado.

(2) Hé aquí algunas declaraciones relativas á la presencia de Ferré en la Roquette el día de la ejecución de los seis rehenes, 24 de mayo:

Declaracion de Cubot, vigilante en la Roquette:

El Presidente.—¿Serviais en la Roquette como vigilante?

El testigo.—Sí.

El Presidente.—¿Qué sucedió allí el 22 y 23 de mayo?

El testigo.—Yo vi llegar el día 22 los rehenes, y un hombre dijo: «Es preciso fusilar á esta gente,» entrando en la oficina; me retiré, y nada más vi aquel día; pero el 24 de mayo pasó delante de mis ojos el destacamento armado que llegaba para la ejecución. Yo habia subido á casa de mi amigo el farmacéutico, desde donde vi á los guardias nacionales montar sus fusiles al mando de un hombre de baja estatura y pelo negro con sombrero tirolés.

El Presidente.—¿Y reconocéis á Ferré?

El testigo.—Sí, le reconozco como el mismo que mandó el primer pelotón y se llevó al Arzobispo con los otros cinco rehenes.

Declaracion del ingeniero civil Costa, detenido en la Roquette:

El Presidente.—¿Reconocéis bien al acusado Ferré?

El testigo.—Sí, le reconozco; es él, el mismo; pero entónces llevaba la barba y cabellos más crecidos.

El Presidente.—¿Estais seguro de que es el miembro de la Commune que en union con Ranvier introdujo en la Roquette el grupo de fuerza armada que realizó la ejecución, y el mismo á quien visteis en la oficina de vuestra prision el 24, 26 y 27 de Mayo?

El testigo.—Sí; lo juro.

tercer piso, los condenados de los Assises agolpábanse á las ventanas, procurando indagar con sus inquietas miradas el carácter del insólito espectáculo que nos llenaba de agitacion y sorpresa. De momento en momento mi emocion acrecia, y más cuando ví á un oficial de insurrectos entreabrir la puerta que del patio conducia á las oficinas, y exclamar con voz solemne: ¿Están ya listos los hombres de guerra? Comprendí al punto, aunque no iniciado en el lenguaje militar, que se iba á fusilarnos á todos ó á una parte de nosotros, y caí de rodillas pidiendo á Dios para todos valor y fuerza.

Pocos minutos despues de las ocho un horrible estruendo atronó mis oídos: casi simultáneamente seis descargas de fusilería y luego algunos tiros sueltos resonaban en uno de los patios de la prision. El glacial silencio que siguió á este ruido me revelaba que á pocos pasos de mí acababa de consumarse uno de esos monstruosos crímenes que forman época aciaga en la historia de la humanidad. — Pasé en mi rezo de las oraciones de los agonizantes á las de difuntos; é impotente para sondear todas las profundidades de la misericordia de Dios, pero creyendo firmemente en ella, no le invocaba ya, sino que le estrechaba con ferviente ahinco á que otorgara una indemnizacion digna de su omnipotencia á las víctimas de tan vil y execrable atentado. Si no me hubiese visto confortado por el sentimiento de la bondad y justicia eternas de Dios, no habria podido sobrevivir al horror que me causaba tal exceso de iniquidad en los hombres.

Cuando me levanté del suelo, el sonido melancólico de tambores y clarines y el fúnebre chirrido de una carreta hácia la parte de Charonne, ponian fin, al parecer, á este lúgubre y funesto drama.

La noche del miércoles al juéves fué para mí noche verdaderamente infernal: para sacar y conducir nuevas víctimas, se abrian y cerraban á cada momento las puertas interiores y exteriores de la cárcel; y un tribunal marcial, ó más bien un grupo de bandidos, disfrazados de jueces, se hallaban sentados en las oficinas dictando sus condenas. Más tarde supe que otro tribunal de la misma especie, compuesto de innobles pilluelos, tenia su asiento en la pequeña Roquette, situada al frente de la grande, y que tambien sin forma de juicio condenaba y entregaba sus víctimas á bandas armadas de hombres y mujeres, que con ferocidad se las disputaban, divirtiéndose en prolongar su suplicio (1). Aquellos desdichados de quienes habia sospecha de complicidad con los *chuanes* de Versailles, ó aquellos otros que se habian negado á hacerse matar indignamente en defensa de la Commune, y á las órdenes de facinerosos perseguidos por la justicia ó de reos fugados, eran inmolados desapiadadamente.

(1) Abrazo sobre el particular horroroso parmenores, que en pueblos cultos se creian imposibles, la declaracion de M. Puyroyén, médico de la pequeña Roquette. (*Audiencia de 9 de Agosto. Tercer consejo de Guerra.*)

Mezclábase en son confuso el ruido de tambores y clarines con el de los carruajes que llevaban á la Roquette las personas de los sospechosos, ó al cementerio del Padre Lachaise los cuerpos de los fusilados ó las bombas de petróleo; la batería del cementerio no cesaba á la vez de hacer fuego contra Paris; y las gigantescas llamas que devoraban los grandes monumentos de la capital lanzaban hásta nosotros sus sombríos resplandores! Ruego al lector que por un instante se coloque en la situación mia, y comprenderá, sin duda, que no hay palabras con que dar idea de tan aterrador y pavoroso espectáculo.

Encerrado todavía el juéves por la mañana en el edificio del Este, ignoraba el número de víctimas de la víspera, cuando muy temprano vinieron dos guardianes fieles á darme nóticias de tan sangriento suceso: era difícil tenerlas exactas, pues los únicos testigos de la ejecucion habian sido los emisarios de la Commune; pero á uno de estos guardianes se habia ordenado que ayudara á los verdugos á colocar los cadáveres en el triste vehiculo que debia arrojarlos en un rincon de tierra, al extremo del cementerio del padre Lachaise; y á su narracion, confirmada por la de otros carceleros y presos de los del edificio del Oeste, debo los siguientes pormenores:

En el dia para siempre nefasto, 24 de Mayo, una órden execrable de la Commune entregó Paris al asesinato y al incendio, mandando ejecutar inmediatamente á todos los rehenes de la Roquette: mas en vista de la resistencia de los empleados de esta prision y de las observaciones de algunos federales, resolvióse, por lo pronto, la ejecucion de los seis principales. En seguida se presentó en el primer piso del edificio del Oeste un emisario con algunos insurrectos armados, profiriendo amenazas infernales: «¡Los realistas están asesinando á los republicanos! ¡qué horror! ¡es fuerza que esto acabe!...» Sacó en seguida una lista con lápiz encarnado escrita, y exclamó gritando: «¡Ciudadano Darboy!.... ¡Ciudadano Deguerry!.... ¡Ciudadano Bonjean!.... ¡Ciudadano Ducoudray!.... ¡Ciudadano Clerc!.... ¡Ciudadano Allard!....» Estas eran las seis víctimas sacrificadas á la ferocidad de los bandidos. Todo el mundo conoce á los tres primeros. En cuanto al padre Ducoudray, era el superior del establecimiento de enseñanza de la Compañía de Jesus, en la antigua calle de Postas, y á dar al país buenos cristianos y buenos franceses consagraba todo su celo (1). El padre Clerc, antiguo oficial de Marina, y hoy tam-

(1) Con admirable sencillez revela una carta del Padre Ducoudray, escrita en Mazas, el modo con que en la cárcel distribuía su tiempo.

«Hé aquí, decia, el órden de mis cotidianas ocupaciones: A las cinco levantarse, barrer y limpiar.... de seis á siete y media ú ocho, oracion.... á las ocho, rezo de matines, y laudes, prima y tercia.... á las nueve menos cuarto el rosario.... á las nueve desayuno, y despues matines y laudes de la Santísima Virgen.... de diez á diez y media, asistencia mental á la santa misa que á esta hora se celebra, y despues accion de gracias durante un cuarto de hora.... á las once y tres cuartos, exámen de conciencia.... á las doce, segundo rosario ofrecido por nuestra querida comunidad.... de dos á cuatro, lectura ó estudio (debo aquí advertir que entre nueve y cuatro, y con mucha variedad, hay que intercalar una hora de paseo, para el cual se nos conduce á un espacio, entre dos paredes, como la mitad de

bien jesuita, era uno de los directores de dicho establecimiento. Y el presbítero M. Allard era misionero apostólico, recién consagrado al servicio de las ambulancias: todavía llevaba el brazal y la cruz de la Sociedad internacional de Ginebra.

Cada uno de los referidos contestó «¡presente!» con firme y resignado acento; y de labios de monseñor Surat supe al siguiente día que los padres jesuitas habían recibido la antevíspera algunas hostias consagradas, de las cuales habían hecho pasar dos á sus manos al llegar los asesinos: una de éstas le ofreció á M. Deguerry, que caminó á la muerte con el valor cristiano y las inmortales esperanzas que comunica el pan de vida. Mons. Darbois y M. Bonjean, con firmeza inquebrantable hasta el fin, diéronse el brazo al tiempo de bajar, siendo todos maltratados con groseras injurias hasta llegar á un reducto oscuro del camino de ronda, entre la muralla exterior y los edificios de la prisión, cuyo lugar era el designado para el suplicio. Pudieron las víctimas dirigirse confortantes y saludables exhortaciones, y recíprocamente se dieron la absolucion y bendicion postrera. A monseñor Darbois se atribuyen algunas palabras inspiradas por su corazón de arzobispo; mas ni he podido asegurarme de la autenticidad de ellas, ni siquiera de la exactitud del hecho de haber hablado; y aun es de creer que en presencia de la muerte se mantuvieran las víctimas en religioso recogimiento, contestando con el silencio y el perdón á los insultos de los verdugos. Lo que está fuera de duda es que todos mostraron inalterable dignidad y calma.

Por causa de una ligera y errónea noticia, atribuyeron al señor párroco de la Magdalena un corto desmayo ó desvanecimiento; pero en la instruccion judicial quedó demostrada la completa inexactitud de semejante hecho; pues aunque es cierto que M. Deguerry tardó algo más que sus compañeros en contestar cuando fué llamado por los insurrectos, esto se explica, porque no pudiendo dudar en tal momento del fin que le aguardaba, administróse á sí mismo la sagrada comunión con la santa forma que monseñor Surat hizo llegar á sus manos. Esta breve dilacion es la que erradamente atribuyó á un momento de perturbacion y flaqueza el autor de la carta publicada en «El Pequeño Monitor» el 29 de Mayo; cuando es lo cierto que desplegó la firmeza y serenidad constante de las demas víctimas desde que salió de su encierro hasta que cayó bajo las balas de los asesinos. Todas las personas seculares que habían sido depositadas en rehenes en Mazás y en la Roquette se admiraron de la digna y valerosa actitud de los eclesiásticos inmolados á la ferocidad de la Commune: en prueba de ello véase en qué términos tan conmovedores referia una de ellas que ocupa alta posicion en la Universidad de Paris

nuestra sala de recreo). . . . á las cuatro, rezar las horas menores y recitar visperas y completas del oficio grande y del oficio parvo de la Santísima Virgen. . . . á las cinco, la comida y arreglar mi cuarto. . . . á las seis, lectura espiritual y un poco de ejercicio en el castaño, que tiene de largo 5 metros y 2 de ancho. . . . á las siete y media, prepararse á la oracion. . . . á las ocho, el tercer rosario, que completa la corona. . . . á las ocho y cuarto, las letanias. . . . á las ocho y media, armar la hamaca y hacer mi cama. . . . á las ocho y tres cuartos, acostarme. . . . He ahí la distribucion del día.»

los sangrientos episodios de estas jornadas en los «Diarios de los Debates» del 31 de Mayo :

«Al concluir, no puedo ménos de prestar un homenaje de respeto á la conducta admirable de los miembros del clero, de los cuales estaba formada la gran mayoría de los sentenciados; pues su valor sencillo y heróico me hizo recordar el de los mártires. En medio de todos los rasgos sublimes de santa serenidad, distínguese á mis ojos uno que creo deber presentar especialmente á la admiracion de todos los nobles corazones.

«Ocupaba el padre Guerrin, de las misiones extranjeras, el calabozo número 22, que tenia comunicacion con el número 21; y en éste hallábase uno de los rehenes seglares, casado y con familia : despues de haber tributado á su compañero la fortaleza y consuelos que inspira la caridad más tierna, advirtióle el padre Guerrin en la noche que sucedió á la del asesinato del arzobispo y las otras cinco víctimas, que probablemente á los nuevos condenados á muerte se les llamaria tambien, sin cuidarse de comprobar la identidad de sus personas. La sustitucion de estas sería, pues, fácil; y haciéndose por tandas las ejecuciones, tendrían los últimos que sobreviviesen alguna probabilidad de que les alcanzara el socorro que era dado esperar todavía de los libertadores. Habiendo hecho la casualidad que el padre Guerrin se hallara vestido de paisano al ser preso, y habiéndose dejado crecer el bigote y la barba, no tenia ya exteriormente ningun signo que pudiera descubrir su calidad de sacerdote; y fundado en tales circunstancias, *felizmente reunidas*, segun su tierna y sencilla frase, propuso el padre Guerrin á su vecino, si al primer llamamiento que se hiciera se pronunciaba primero el de este padre de familia, contestar por él y colocarse en su puesto. *Vos estais casado, le decia, tenéis mujer y un hijo, á los cuales, si es posible conservarlos, debéis la existencia: cuesta mucho dolor romper tales lazos, y vuestro sacrificio sería mucho mayor que el mio, que siendo un sacerdote misionero no haré sino encontrar aquí el martirio que habia ido á buscar á la China; y ¿qué importa que sea hoy en vez de mañana, y mucho más si así puedo hacerlo más útil ayudando á salvar vuestra vida?....*

«Imposible era proponer un acto de abnegacion heróica con más sencilla y natural manera, como si la cosa por sí misma y sin objecion posible se ofreciera á la mente. Grandes esfuerzos, largo debate, repetidas instancias, y por fin una negativa absoluta, tuvo que emplear el compañero del padre Guerrin para hacerle desistir de su generoso proyecto. ¿Qué comentarios caben en un hecho semejante? El honor á la verdad y á la religion que inspira sacrificios tales debe hacer que se me perdone el haber violentado la cristiana modestia del que sin duda se quejará de ver en esta narracion mencionado su nombre.»

«No debieron ser muchos los verdugos que fusilaron los rehenes, ó en otro caso, la embriaguez ó la exaltacion de su delirio hicieron inciertos sus tiros, dado que algunas víctimas sólo por dos proyectiles fueron heridas. Al hallarse despues los cuerpos

hice que tres médicos notables, los Sres. Beauvais, Moissenet y Raynaud, reconocieran el de M. Deguerry, y resultó que una bala atravesó el pulmon y otra penetró por cerca del ojo derecho en el cráneo, y quedó engastada en los fragmentos huesosos: la muerte, pues, debió ser instantánea. M. Deguerry, en el postrer momento y con ademan propio de su carácter militar, abrió su sotana y presentó su pecho á las balas: así la que atravesó el pulmon habia roto solamente la parte posterior de sus vestiduras (1).

Los vigilantes me manifestaron que ántes de echar en la carreta los cadáveres se les habia despojado de algunas prendas de vestir (quemadas en seguida en el sitio de la ejecucion), y se habia tambien atravesado á bayonetazos á varios de ellos. De la exactitud de lo primero he tenido dos veces ocasion de asegurarme, así como de otra circunstancia, á saber: que se subió á las celdas de los seis fusilados, se robó su dinero y se arrojaron al suelo sus libros y papeles: algunas semanas despues aún se veia un breviario medio quemado que se conservaba en los armarios del vestibulo de la Roquette. De este modo respetaba la Commune las disposiciones testamentarias y últimas voluntades de los rehenes.

Tanto los fusilados del miércoles y siguientes dias como todos los presos destinados á la misma suerte por el Comité de salud pública, eran víctimas de su adhesion á dos causas grandes y nobilísimas; eran blanco del odio á la religion, abolida en el sacrilego programa de la Commune, y del odio á la patria, representada en el ejército de la Francia y en la Asamblea Nacional de Versalles, que defendian el órden, la libertad, el honor, la fe y la civilizacion contra los bárbaros de la edad moderna.

(1) Hé aqui la descripcion de los médicos á quienes encomendé la autopsia del cadáver de M. Deguerry al ser trasladado del cementerio del Padre Lachaise á las bóvedas de La Magdalena:

«Los intrascritos médicos encargados en la iglesia de la Magdalena de examinar y certificar la causa de la muerte de su venerable párroco, declaran que ésta ha sido producida por dos disparos de arma de fuego, uno de los cuales ha herido la region eiganómica derecha, penetrando el proyectil en el cráneo y causando una fractura del vértice, con hemorragia considerable en el cuero cabelludo y sin llaga exterior en esta region. La bala, redonda, se halla engastada en los fragmentos huesosos, de donde ha sido extraida para conservarla. El otro disparo hirió la region clavicular derecha, rompiendo la clavícula por su parte media y las dos primeras costillas, atravesando el pulmon y saliendo el proyectil por la parte posterior al nivel de la fosa sub-espinal. De esta herida procede la cantidad considerable de sangre que manchó sus vestiduras y se extendió por la espalda hasta el dobléz del brazo izquierdo.

«En la parte anterior del brazo izquierdo obsérvese una equimosis circunscrita por un surco superficial que no corresponde á las manchas de sangre observadas en la camisa. Hay hinchazon en el vientre, pero no coloracion anormal en las paredes abdominales; y no hemos advertido el menor vestigio de putrefaccion en ninguna otra parte del cuerpo.

«Estaba el cadáver revestido con el traje eclesiástico, el cual debió de ser entrentabierto al tiempo de la ejecucion, pues sólo la parte posterior del mismo presenta el agujero que hizo la bala.

«Concluimos de esta autopsia que la muerte fué instantánea.

«Paris, 29 de Mayo de 1871 á las diez y media de la mañana. Firmado: DOCTOR BRAUVAIS, DOCTOR MOISSENET, DOCTOR RAYNAUD.»

CRÓNICA Y VARIEDADES

ECOS DE PROVINCIAS

TARRASA

Hay en la industriosa region de España, que se llama principado de Cataluña, una poblacion de antigüedad remota, que se ha distinguido siempre por su cultura. Se llama Tarrasa.

A su lado existen los restos de la poblacion primitiva con el nombre de San Pedro de Tarrasa. Tres templos medio subterráneos hoy dia y próximos entre sí, San Pedro, Santa María y San Miguel, ocupan el lugar de su antigua catedral: el último en especial es notable, entre otras cosas por los retablos de sus altares, de mérito distinguido. Su nombre primitivo fué Egara, ciudad y colonia romana, cuyos obispos figuran en los Concilios de Toledo: el de Tarrasa viene de las palabras catalanas *terra rasa*, que quieren decir *tierra arrasada*. Fué causa de esta denominacion la ruina que sufrió la ciudad antigua en tiempos de las guerras con los mahometanos.

Asentada la poblacion actual al pié de la montaña, sin ninguna de las condiciones esenciales para el establecimiento de esos grandes templos de la industria que se llaman fábricas, logró sin embargo levantarlos ostentando sus empinadas chimeneas, que simbolizan el genio y la actividad de sus hijos, adictos constantemente al trabajo y dignos sucesores de sus antepasados, que alcanzaron la gloria de que sus productos fueran universalmente conocidos y estimados por sus cualidades de esmerada construccion y acabado perfeccionamiento.

Antiquísima es en verdad la fabricacion de paños y demas ropas de lana en la villa en que nos ocupamos. Ignórase la fecha de su establecimiento; pero, segun todas las probabilidades, data de principios de la Edad Media, habiendo indicios de ser los primitivos fundadores hijos del pueblo Israelita.

Desde su fundacion se ha venido practicando cuanto ha sido dable por los moradores de Tarrasa para la mayor perfeccion de sus productos; y á tal punto llegó su importancia en otros tiempos, que en la época de las expediciones de catalanes y aragoneses á Grecia, la villa de Tarrasa tenia á su servicio dos galeras que hacian continuos viajes á Grecia y Egipto exportando sus productos fabriles y trayendo de retorno géneros de aquellas regiones, fletándose la una, mientras volvía la otra.

Luego ha continuado su fabricacion con varias alternativas de progreso y decadencia, segun las épocas favorables ó adversas, por que ha pasado el pais, ocupando en su industria no sólo la generalidad de sus habitantes, si que tambien los de los pueblos circunvecinos, como Vacarizas, Rellinás, San Feliu del Recó, San Lorenzo Saball, Castellar, Mura, parte de Monistrol y Olesa, hasta la nueva era de introduccion de máquinas, que ha hecho innecesario el empleo de tantos brazos, que con ventajas se han dedicado al cultivo de las tierras, permitiendo á la vez desarrollarse la fabricacion en mayor escala.

Actualmente sufre las contrariedades subsiguientes al estado de intran-

quilidad é incertidumbre en que está sumido el país, y que traba y entorpece rudamente su progreso, así con el contrabando que tiene puerta abierta, como con la amenaza continua de reformas arancelarias.

Un sinnúmero de circunstancias se oponen también á su completo desarrollo, como son : la in explotación de minerales combustibles del país que obliga á ser tributarios de Inglaterra, el descuido de los ganaderos españoles en conservar y mejorar las lanas que aún hace necesario el empleo de las extranjeras para géneros finos, el excesivo precio del capital que estorba su inversión en las industrias, la informalidad en los negocios que hacen eventual su resultado, y otras que sería prolijo enumerar.

Todo esto justifica el poco desenvolvimiento que ha tenido de algunos años á esta parte la fabricación de géneros, principalmente de pañerías finas, á pesar de la perfección con que se han elaborado siempre en la villa de Tarrasa; pues si bien en su buena construcción y perfeccionamiento puede competir con sus similares de las fábricas más adelantadas del extranjero, no así en la parte económica, que por precisión ha de ofrecer desventaja para los del país.

A lo dicho hay que añadir el poco interés que en su favor demuestran los gobiernos; y sin embargo los industriales de Cataluña, y precisamente los de Tarrasa, no cejan en su constancia, actividad y patriotismo, y siguen su tarea esperando mejores tiempos, en que los hombres cuyo destino sea hacer el bien de España, conozcan lo que conviene á su país para el fomento de la riqueza pública.

Tarrasa, cabeza del partido judicial de su nombre, uno de los más importantes de la provincia de Barcelona, ha sabido conquistarse las simpatías de todos sus pueblos por el espíritu de orden, libertad y amor al trabajo y á la prosperidad verdadera que mantiene en todos sus habitantes; y ahora y en todos tiempos los demás pueblos del partido han atendido á su actitud, obrando como su cabeza haya obrado, reconociendo siempre la cultura de sus costumbres y los móviles ilustrados que guían sus obras.

Harto difícil sería enumerar todos los méritos que tiene contraídos bajo todos conceptos la muy importante villa de Tarrasa, y que debieran tenerse muy presentes por todos. Sus hijos son merecedores de alta consideración y estima, por lo mismo que encerrándose en su espíritu de trabajo, honran á la nación en general, y á la región catalana, sirviendo de modelo provechoso á todos.

JOSÉ PRATS.

Hechos de Montilla, Montijo y Sanlúcar. Con razón sobrada dice un ilustrado periódico de esta corte lo siguiente :

• Los periódicos de Cádiz cuentan que en Sanlúcar de Barrameda hubo el 12 algunos desórdenes. La casa consistorial fué invadida. Una turba sacó de ella todas las armas que encontró, arrojó por el balcón algunos retratos y la talla que servía para medir los quintos, encendiendo con estos objetos una hoguera en la calle. También fueron quemadas algunas casillas de los fielatos de consumos. Acometidos por un grupo de hombres armados que salía de una taberna, tres individuos que habían pertenecido á la guardia municipal, quedaron dos de ellos gravemente heridos. Al amanecer del día

siguiente fueron invadidas tres casas de personas muy respetables, que sufrieron grandes insultos.

»El espectáculo lamentabilísimo de Montilla no ha sido el único, por desgracia, pero somos tan egoístas, que si vemos mantenido el orden en los grandes centros, no nos preocupamos de lo demás; y sin embargo, en las pequeñas poblaciones es en donde la vida es difícil, cuando vienen sucesos como los actuales.»

En otro lugar da noticia de haber sido uno de los muertos de Montilla abierto *en canal* literalmente y colgado de uno de sus propios balcones (horroriza decirlo).

Y en fin otro ilustrado colega añade :

»Los hechos horribles de Montilla de donde se sabe que las casas quemadas fueron ocho, después de saquear cuanto en ellas había, y cinco el número de muertos que hasta ahora se han descubierto, no son nada tranquilizadores para el resto de la Península; como no lo es tampoco lo sucedido en Montijo, donde, según vemos en un periódico de Badajoz, han comenzado á repartirse los terrenos, habiéndose intentado además excesos contra algunas personas pudientes.

»De desear sería que algún acto vigoroso del gobierno viniese á corroborar la energía de sus palabras, y esto es tanto más necesario, cuanto que toda la demagogia europea parece que se ha dado cita para Madrid.

»Los periódicos de anoche (18 de febrero) anuncian la llegada á esta capital de un general de la Commune, y los extranjeros nos dicen que están ya camino de Madrid los internacionalistas más conocidos. M. Cluseret, uno de ellos, es uno de los procesados por el imperio en 1868 y en 1870, el mismo que en el segundo de los citados años escribía á M. Varlin desde Nueva-York: *Es menester que Paris sea nuestro ó que deje de existir*; y uno también de los que trataron de llevar á cabo este *humanitario* pensamiento.

»Esperamos que no aguardará el gobierno á que, propagada la doctrina del Sr. Cluseret, pretendan los internacionalistas españoles *que Madrid sea suyo ó que deje de existir.*»

Oportuna y patriótica es la voz de alerta y gravísima responsabilidad contraerian los que no quisieran escucharla.

Propaganda de inmoralidad. Se ha fundado en Roma, barrio de Transtévere, una Asociación titulada *Comité infernal*, que tiene por objeto el ganar á las pobres mujeres en cinta por 50 francos para que no bauticen á sus hijos recién nacidos.

La locura de la revolución impía llega ya al mayor extremo y presagia su agonía cercana; pues no es posible suponer que muera la sociedad entera en sus manos manchadas de sangre y cieno.

Es muy doloroso lo que acontece ¡Tantas conquistas en el siglo XIX, y tantas aberraciones! ¡Tantos sublimes adelantos y tantos crímenes abominables! En medio de la civilización, ¡qué tendencia tan funesta al salvajismo!... Pues nótese bien para estudiar el remedio: siempre que se trata de separar de los hombres y de los pueblos a santa y sublime moral de la religión católica, la tendencia que se inicia es al retroceso y la barbarie.

LA SEMANA CATÓLICA

revista de ciencias eclesiásticas y literatura religiosa, dedicada á Su Santidad el Papa Pío IX, con censura y aprobacion de la autoridad eclesiástica.

DIRECTOR : D. Ventura Camacho

REDACTORES

- Sr. D. Cayetano Fernandez, Presbítero, Licenciado en Derecho, Dignidad de Chantre de esta Santa Iglesia, Individuo de número de la Real Academia Española.
Sr. D. Manuel Gonzalez y Sanchez, Presbítero, Doctor en Sagrada Teología, Canónigo Penitenciario de esta Santa Iglesia Metropolitana, Rector del Seminario Conciliar, Académico de número electo de la Real Sevillana de Buenas Letras.
Sr. D. Antonio Ortiz y Urruela, Presbítero, Licenciado en Derecho.
Sr. D. Francisco Mateos Gujo, Presbítero, Doctor en Sagrada Teología, Decano y Catedrático propietario que ha sido de la misma Facultad en esta Universidad Literaria.
Sr. D. Francisco Pagés del Corro, Doctor en Derecho, Académico Preeminente de la Real Sevillana de Buenas Letras.
Sr. D. Ventura Camacho y Carbajo, Doctor en Derecho, Académico Preeminente de la Real Sevillana de Buenas Letras.

En el notable prospecto de esta Revista se leen los importantes párrafos siguientes, que dan á entender la solidez y gran valía de tal publicacion :

«En una de las muchas audiencias que en las últimas semanas se ha dignado conceder Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX, de gloriosa memoria, recibió particularmente á los redactores del periódico católico italiano *La Voce della Verità*, y despues de haberles animado con frases benévolas á continuar con el mayor brio y con religioso empeño la tarea que con tanto éxito han emprendido, les dijo que era necesario, *casi indispensable*, fundar algunos otros periódicos de ideas sensatas, para hacer frente á la propaganda de la prensa revolucionaria. Ocupándose de esta audiencia *Le Monde*, periódico católico de Paris, muy notable por la pureza de sus doctrinas y por el valor, energía y firmeza con que las expone, traduce textualmente algunas de las palabras de Su Santidad ; hélas aquí : « Esta refutacion (de los errores modernos) se ha hecho hoy tanto más necesaria, cuanto que algunos periódicos políticos, cubiertos hasta ahora con cierta máscara de moderacion, se la han arrancado despues, volviéndose de repente impíos y brutales (*pleins de brutalité*, dice *Le Monde*), principalmente en lo que pertenece á las órdenes religiosas. »

«Esta es hace años nuestra opinion, y mucho há que hemos meditado sobre la conveniencia, y tal vez la necesidad, de que en la ciudad de Sevilla, en que tantos progresos ha hecho el escepticismo religioso, y en que se ha dado el escándalo de que se erijan catedras públicas de herejía, se fundara una publicacion exclusivamente religiosa, en que, prescindiendo por completo de las cuestiones ardientes de política y de los bastardos intereses de partido, se defendiera á la religion católica de los ataques violentos ó encubiertos de los nuevos herejes, de las insidiosas asechanzas de los modernos jansenistas y del nocivo influjo del indiferentismo en materias religiosas ; y cuando hemos visto confirmado nuestro pobre modo de pensar por la autorizada palabra del Venerable Sacesor de los Apóstoles ; cuando hemos visto que el Santo Anciano que ocupa la Cátedra de San Pedro excita á la publi-

cacion de periódicos que defiendan la verdad perseguida y la justicia conculcada, ya no hemos podido resistir á nuestro deseo, y no hemos titubeado en dirigir nuestros esfuerzos, cualquiera que sea el valor que tengan, á un objeto tan recomendable; y hé aquí el origen de esta publicacion...

CONDICIONES DE LA PUBLICACION

La Semana Católica se publica todos los domingos, constando cada número de 16 grandes páginas en buen papel, tipos nuevos y cubierta en tinta de colores.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Sevilla : un mes, 4 reales.

Fuera de Sevilla : tres meses 13 rs., siendo el pago adelantado y remitiendo su importe en libranza sobre Giro Mutuo ó en sellos de correo, y en este último caso en carta certificada al administrador de la Revista.

Se suscribe en Sevilla, imprenta y librería de los Editores, calle Francos, números 60 y 62.

El primer número se ha publicado el domingo 12 de Enero.

Tal es la nueva revista que á ejemplo de *La Semaine Religieuse* de París y de Bruselas viene á llenar un puesto de honor en la populosa ciudad de Sevilla. Creemos que puede hacer un gran servicio á la hora presente, y le auguramos un glorioso porvenir. Los nombres distinguidos de su director y redactores son una prenda de acierto y seriedad en esta moral y literaria empresa.

Persecucion del gobierno prusiano al catolicismo. No se limita el gobierno prusiano á confiscar los periódicos en cuyas columnas ha aparecido la alocucion pontificia. Permite, si, que la prensa revolucionaria é impla ataque de una manera inaudita al Pontificado, á Pio IX y á los derechos de la Iglesia; pero en cambio no tolera que los católicos salgan á la defensa de tan sagrados intereses.

En virtud de este sistema acaba de secuestrar la *Gaceta del Imperio Aleman* del día 4, por un artículo escrito en defensa de los Jesuitas, como católicos y como ciudadanos alemanes.

Libertad religiosa en el nuevo imperio aleman. M. Ewald, el celebrado orientalista, profesor de la universidad de Gotinga, y miembro del Reichstag, ha dirigido una carta á los ingleses que no há mucho felicitaron al principe de Bismarck por su actitud respecto de la Iglesia católica. En ella dice:

« Soy protestante verdadero y enemigo jurado de los jesuitas, pero no puedo ménos de condenar los procedimientos tiránicos del canciller, que han de acarrear la pérdida de toda libertad religiosa. Los ingleses, engañados por los periódicos alemanes, han creído que estos actos habian sido aprobados por la opinion pública. Es preciso que sepan que la prensa semi oficial ha caído en Alemania en un grado tal de servilismo, y los periódicos independientes gozan de tan poca libertad, que ni en unos ni en otros pueden hallarse noticias exactas sobre el verdadero estado del imperio.